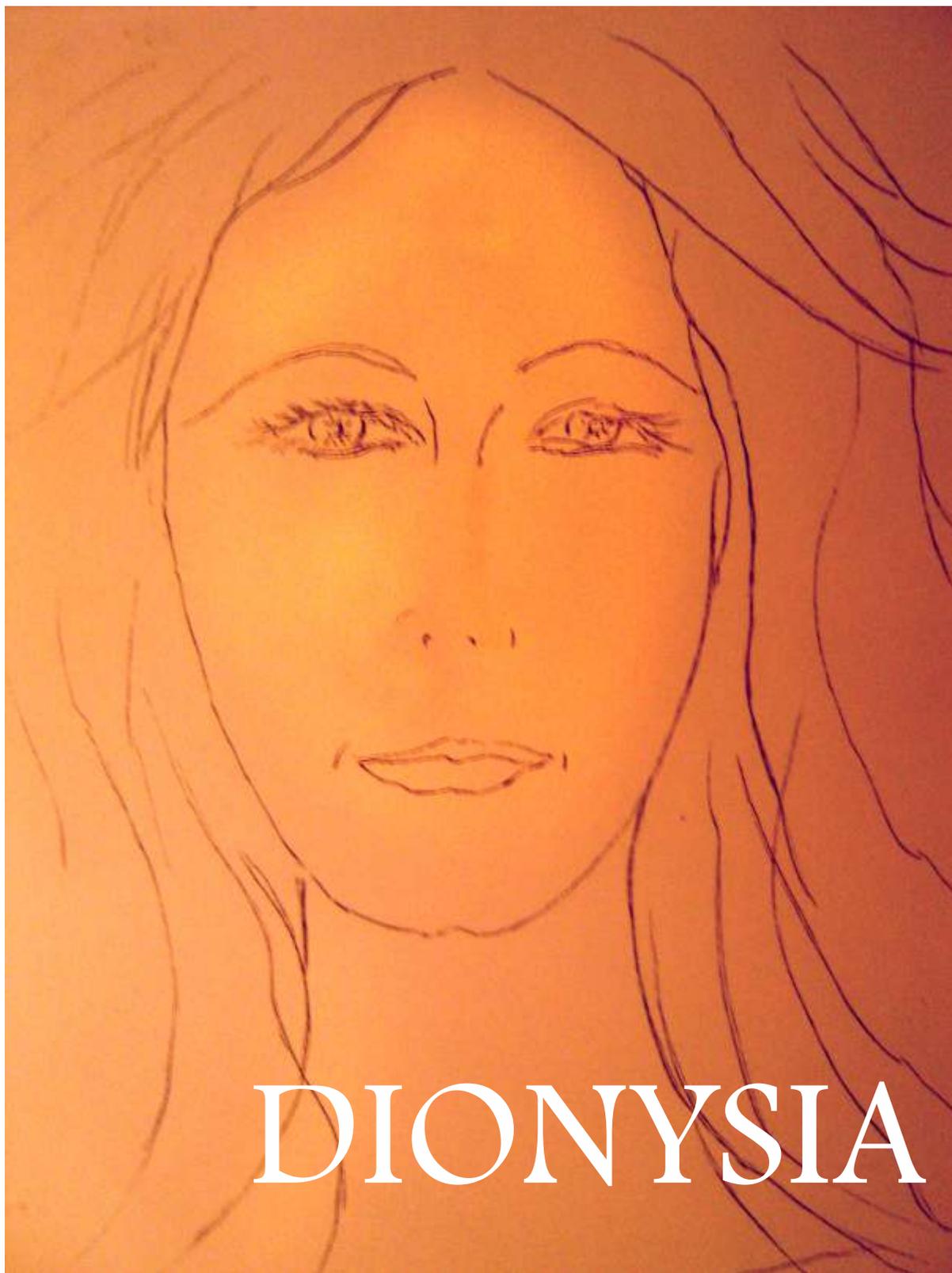


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



Fernando Olavarría Gabler

5



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

DIONYSIA

Fernando Olavarría Gabler



*¡Te amaré siempre!
Atravesaré la barrera del tiempo,
y te encontraré, aquí en la tierra
o en el cielo... En la eternidad.*

sta historia no se habría escrito si no hubiesen coincidido hechos tan aislados el uno del otro, al igual que tres piezas de un rompecabezas revueltas desordenadamente dentro de su caja, junto a dos mil novecientos noventa y siete otras piezas semejantes pero desiguales.

Ellas se han unido con admirable precisión y han formado un todo que corresponde a este extraño relato.

Mi amistad con Tancredo D'Hauteville venía desde los primeros años básicos en el colegio.

Tancredo pertenecía a una noble familia de origen normando. Ya desde niño mostraba un tangible orgullo de su ancestro familiar que se dejaba sentir entre otras cosas en su nombre poco común que se heredaba en la familia de generación en generación a través de los siglos.

Su nobleza de abolengo coincidía con la nobleza de su espíritu (no siempre es así) que hacía que su hermoso rostro irradiara una santidad perceptible ya desde su infancia.

Era un niño bueno y valiente como los antiguos caballeros andantes.

Cuando egresamos del colegio, nos separamos y nunca más tuvimos noticias el uno del otro, a pesar de ser íntimos amigos y compañeros de múltiples aventuras juveniles.

Cuando yo pensaba estudiar medicina, Tancredo me había manifestado que se iba a dedicar a tocar el piano, dándole preferencia a las obras de Mozart durante algunos años y después estudiaría filosofía o teología en alguna universidad del Viejo Continente.

No me extrañó esa inusual tendencia vocacional ya que la familia de Tancredo era muy rica y bien podía este único heredero de la familia de los Hauteville pasarse toda una vida tocando a Mozart en su piano de cola Broadwood instalado en uno de los salones de su mansión ubicada al Oeste del centro de Santiago.

Reconozco que me causó sorpresa el tener noticias de él después de más de diez años de no habernos visto.

Se trataba de una invitación a pasar algunos días de descanso en una de las residencias que poseía la familia en la campiña.

Acepté gustoso la invitación, más por ver nuevamente a mi amigo, que por el placer de disfrutar de la tranquilidad y el aire puro del campo.

En una tarde fría y nubosa de abril, se detuvo el tren en la pequeña estación. Yo fui el único pasajero que se bajó. Esperaba encontrar a alguien en el andén para recibirme pero solamente estaba el jefe de estación; éste contestó lacónicamente a las preguntas que le hice.

Me respondió que le parecía conocer a un tal señor Tancredo el cual estaba en su residencia desde el verano pasado y que no había venido ningún día al pueblo durante su estadía en la zona. Él, prácticamente no lo conocía porque recién se había hecho cargo de esa estación. Me dijo, que para llegar a la casa de los Hauteville, era necesario caminar hacia el lago y solicitar los servicios de un tal Antonio Barraza, un anciano que vivía en las orillas del lago y hacía

el oficio ocasional de botero cuando se le solicitaba.

Me despedí del jefe de estación y portando dos pesadas maletas y un maletín, emprendí a pie el trayecto hacia el lago por un camino bastante enlodado. Éste iba por una alameda que impresionaba por su estupendo colorido.

Había llovido recientemente y las hojas lucían maravillosas con sus lípidos colores rojos, amarillos y pardos que resplandecían con los dorados rayos de un débil sol otoñal.

Se respiraba un aire puro y el silencio del campo sólo era interrumpido por mis pisadas en el barro y el canto de los zorzales al atardecer.

Llegué a la orilla del lago cuando el Sol estaba en el horizonte. A una corta distancia encontré una pequeña casa y junto a ella un muelle de madera.

Golpeé la puerta, ésta se entreabrió con un crujir de bisagras y apareció el rostro de un octogenario hombrecillo que me espió desde la penumbra.

Después de presentarme y requerir sus servicios, don Antonio me dijo que había que apurarse porque estaba por salir la niebla que invadía toda la superficie del lago hasta la mañana siguiente.

Cuando nos dirigimos al muelle, me llamó la atención la agilidad y fuerza que poseía el anciano botero, porque llevó mis maletas a la embarcación sin dificultad y después empezó a remar con mucha destreza y energía.

Don Antonio era un gran conversador; mientras nos alejábamos del muelle me contó algunas anécdotas relacionadas con la región y las personas que allí habitaban.

El bote en que navegábamos tenía escrito el nombre de Rafael en la proa y le pregunté por qué le había puesto ese nombre y no

Antonio o San Antonio.

-La verdad -me dijo- es que mi padrino es el Arcángel Rafael.

Pensé que el viejo bromeaba, pero don Antonio me contó la siguiente historia:

-“Yo nací en Ovalle, cerca del pueblo de Barraza. Dicen que toda esa región fue una encomienda que recibió un capitán de don Pedro de Valdivia. Cuando fui bautizado, el padrino que habían elegido mis padres no llegó a la cita y entonces se eligió a otro padrino y se le fue a buscar, pero llegó tan borracho que cayó de bruces al tratar de subir los peldaños de la capilla y allí quedó tendido durmiendo. El señor cura decidió no postergar más la ceremonia del sacramento y ante mis atribulados padres nombró al Arcángel Rafael como padrino mío.

Yo le tengo mucha fe a mi padrino y tengo una imagen de él en mi dormitorio”.

-¿Y cómo se ha portado su padrino, don Antonio?

-Muy bien. Es milagroso. Una vez cuando yo era joven, estuve en Viña del Mar con mis dos hijas que eran niñas en esa época. En la estación de Quilpué me bajé del tren a comprar pasteles para ellas y el tren partió con las niñas y yo me quedé en el andén. Como era joven -tenía treinta y cinco años- corrí tras el tren y dando un salto me aferré a las manillas de las puertas; éstas se habían cerrado y así estuve en esa peligrosa situación durante un largo trecho sin que nadie se diera cuenta de ello. Empecé a rezar y me encomendé a mi padrino, y no me va a creer señor que el tren antes de entrar al túnel se detuvo. Golpeé los vidrios y por fin me vieron y avisaron al inspector. Se abrieron las puertas y pude entrar. El inspector me preguntó si había pagado el pasaje; yo le dije que sí y pude llegar donde mis hijitas.

-¿No le parece un milagro señor?

-Así es don Antonio.

El Sol se había escondido en el horizonte y don Antonio remaba ahora silencioso. El agua estaba quieta como un espejo. La niebla venida del mar se deslizaba por la superficie del agua y borraba los árboles de la orilla.

Don Antonio dejó de remar, encendió un farol y lo colocó en la proa, luego, dándome las espaldas empezó a remar de pie con el rostro hacia delante.

La conversación se había terminado y solamente se oía el suave chapoteo que hacían los remos al entrar y salir rítmicamente del agua.

Una pareja de guairabos pasó volando sobre nosotros emitiendo su lúgubre graznido. El frío que traía la niebla atravesó mis ropas, penetró en mi cuerpo y también mi espíritu. Tenía miedo. La niebla ahora era muy espesa y reinaba la oscuridad. La silueta del viejo se contrastaba con la luz del farol que llevaba adelante y al levantar los brazos con cada golpe de remos, su figura parecía un enorme pájaro negro que avanzaba en el misterioso paisaje de la noche.

Me preguntaba cómo podía orientarse sin un punto de referencia, mas al no detectar en él ninguna inseguridad ni temor pensé que su larga experiencia en este paraje le permitía desplazarse sin dificultad alguna.

Después de algunas horas, que me parecieron interminables, el bote encalló en unas escalinatas que emergían del agua y que estaban iluminadas por un antiguo farol de hierro.

Habíamos llegado.

-Esta es la mansión de los Hauteville, me dijo el viejo y amarró el bote a una argolla.

Acompañé al botero escalones arriba y éste golpeó con una aldaba de un añoso portón de madera que estaba al final de la escalinata. Nadie acudió al llamado.

Como el portón estaba sin candado y se veía luz detrás de él, me despedí de don Antonio y abriendo el portón ascendí por unos húmedos peldaños de piedra.

Llegué a una vieja repostería. Más allá estaba la sala de cocina en cuyo centro vi encendida una inmensa cocina de hierro, a leña, con algunas ollas que hervían sobre ella.

El ambiente era tibio y acogedor. Un exquisito aroma a comida que salía de las ollas humeantes me despertó el apetito y me reconfortó después de la fría travesía en la niebla. Pensé que no muy lejos estaría el comedor, y dejando las maletas en el repostero avancé por un pasillo, atravesé una puerta vaivén de doble hoja y llegué a una gran sala iluminada por tres lámparas de bronce.

La puerta vaivén estaba disimulada por un biombo de terciopelo oscuro. A través de las hojas del biombo observé una larga mesa de caoba y en uno de sus extremos, recostado en un sillón, reposaba mi amigo de la infancia. Al parecer se había quedado dormido y supuse que permanecía sentado allí durante varias horas porque los candelabros que alumbraban el centro y los extremos de la gran mesa tenían las velas muy gastadas.

Al carraspear para hacer notar mi presencia, Tancredo abrió los ojos y con sorpresa y alegría en su cara se levantó y me abrazó con gran entusiasmo.

-No sabes el placer que me das al volver a verte después de tanto tiempo- me dijo.

-Me has de perdonar de no haber ido a la estación a recibirte; recién he llegado de un larguísimo viaje y sólo alcancé a acompañarte durante la trayectoria por el lago a través de la niebla.

Me extrañó dicha explicación y preferí no hacer comentario alguno. Pensé que mi viejo amigo recién había llegado del extranjero, y, rendido por la larga jornada de catorce o dieciséis horas de vuelo a través de los océanos, había decidido acompañarme en mi corta trayectoria desde la estación hasta su casa mediante el pensamiento, y muy cansado, esperándome en la sala del comedor se habría quedado dormido.

Se dirigió hacia uno de los cortinajes de la gran sala y tiró de un grueso cordón de terciopelo trenzado que estaba oculto detrás de las cortinas. Llegó un viejo criado que, al verme en el comedor, no disimuló su sorpresa.

Tancredo me invitó a sentarme a su derecha y mientras esperábamos que el criado nos sirviera la cena nos entretuvimos en conversar sobre temas de nuestra infancia.

Recordamos los antiguos compañeros de curso, las victorias y derrotas en los juegos deportivos, nuestras primeras aventuras amorosas con muchachas de la sociedad de aquella época, etc... Me sirvieron una apetitosa sopa y luego liebre asada cuyo sabor y aroma eran incomparables.

-Esta es una antigua receta de familia que se ha heredado a través de centurias -comentó Tancredo-. Su secreto está en ciertas hierbas que componen una mixtura con la cual se adereza.

He sabido que te va muy bien en tu profesión de médico cirujano. He escuchado referencias y comentarios relacionados con tu desempeño profesional que me han llenado de alegría y satisfacción de ser amigo tuyo.

-Pero también habrás oído algunas críticas negativas- le respondí.

-Tal vez.

-Eso es normal. Siempre un médico es criticado porque no es infalible y porque la medicina, como arte, además de ciencia, no satisface el gusto de todos. Podríamos decir que cada médico tiene su clientela con características similares y cada cliente elige al médico que posee algunas cualidades que no poseen otros. Creo que todo esto está relacionado con la imagen paternal consciente o subconsciente que representa el médico. Algunos eligen médicos de una gran bondad, otros un médico severo etc.

Están todas las gamas y combinaciones.

-¿Y a cuál perteneces tú?

-Trato de ser muy bondadoso y con cierto grado de estrictez empapada de cariño y comprensión.

-¡Hum, hum! Me parece bien; es la imagen del padre ideal.

-Pero hablemos de ti, Tancredo. ¿A qué te has dedicado en estos últimos veinte años?

-Tú bien sabes que la teología ha sido siempre un motivo de gran interés para mí al igual que el arte de la música.

-Y también el deporte de la aviación- agregué.

-Sí, pero prefiero no hablar de ese tema. A propósito de la música, ¿sigues pintando? Recuerdo que cuando éramos niños, sobresalías por tus envidiables cualidades pictóricas. Hacías combinaciones de colores que me maravillaban. Pero me preguntaste por mis actividades. Estudié teología en La Sorbonne y posteriormente viajé muchos años por el Oriente perfeccionando mis estudios teológicos. Luego regresé a París y estudié piano para recibirme de concertista. Además estudié matemáticas superiores y

física nuclear. Me gradué también en metafísica. Perfeccioné mis conocimientos en idiomas y lenguas muertas y pude dominar plenamente el francés -la lengua de mis antepasados- el alemán, el inglés, el español y el italiano. Todo ello fue relativamente fácil por mi dominio del latín y griego clásicos que leo con soltura. También me perfeccioné en sánscrito, hebreo, árabe y otras lenguas orientales. Puedo leer no sin cierta dificultad el chino imperial y el japonés. Últimamente estoy estudiando quechua y...

Tancredo me estaba mareando. Era casi imposible creer que un cerebro humano dominara tantos idiomas. Solo atiné a dar un suspiro de angustia al sentirme tan ignorante.

Al parecer, mi amigo percibió mi confusión y disimuladamente cambió de tema.

-¿Estás cansado con el largo viaje en tren?

-No-. Más bien es el placentero sopor que siento al estar tan agradado en tu hogar- respondí.

Tancredo me miró bondadosamente y sonrió. Luego continuó. En realidad, en lo que más he trabajado en estos últimos años, y es una confidencia la que te hago, en la interpretación del Apocalipsis de San Juan.

Hubo un corto silencio.

-Admito, más bien estoy convencido, de que he logrado llegar hasta la escondida verdad de sus páginas. A la verdad pura de esa obra fascinante.

-¡He llegado a la Gran Verdad!

Al decir esta frase el rostro de Tancredo expresaba algo muy difícil de describir. Emanaba pureza, santidad. Había en él un total sentimiento de perfección y sus ojos de diáfana mirada me dieron un mensaje tácito y fugaz. En esos instantes Tancredo me estaba

diciendo algo con sus labios cerrados que yo, mi lógica, no podía creer. Posteriormente me pedía excusas por haber creído que la enumeración de lenguas que él dominaba pudiera yo haberla interpretado como un acto de orgullo o fanfarronería. No. Me había dicho la verdad sin tener la intención de crear en mí, sentimientos de inferioridad competitiva.

Capté el mensaje y vino la paz en mi alma. Su humildad era abismal.

Me di cuenta de que la conversación sobre el conocimiento de tantos idiomas y su dominio era una insignificancia para él. Era un granito de arena en una playa inmensa y larguísima en relación al conocimiento integral de la existencia de lo más perfecto.

-¡Brindemos por nuestra niñez! ¡Por nuestra amistad! -me dijo- y levantando una copa con su mano de artista y al mismo tiempo fuerte como la de un guerrero, hicimos chocar nuestras copas, provocando un finísimo sonido de puro cristal de Baccarat.

Bebí el vino tibio y reconfortante y me sentí feliz de haber llegado hasta allí.

Esa noche el viejo criado me guió escaleras arriba hacia la habitación destinada a mi persona. Estaba cansado y satisfecho.

Después de cerrar la maciza puerta de mi alcoba di una hojeada a mi alrededor. El inmenso lecho de madera tallada poseía un dosel del cual caían pesados cortinajes de terciopelo y seda. Un gran ventanal dejaba ver el lago y se divisaba un extenso parque que limitaba con un bosque. La vista era fascinante y me hizo recordar el señorial entorno de los grandes palacios de Europa.

Me introduje en las blancas y frías sábanas, apoyé mi cabeza en la almohada y me quedé contemplando el paisaje bañado por la luna llena cuyo resplandor entraba también por los ventanales e

iluminaba mi dormitorio.

A pesar del cansancio por el viaje agotador de ese día, no deseaba dormir; tanta era mi felicidad de estar allí, sin embargo el ángel del sueño me bajó los párpados sin que yo me diera cuenta de ello y me quedé profundamente dormido.

Desperté sobresaltado con las campanadas del reloj del primer piso. Había escuchado cuatro campanadas. La luz de la luna, plateada y silenciosa, iluminaba la comarca.

Reinaba un silencio absoluto. Me levanté y me acerqué a la ventana para contemplar mejor ese paisaje misterioso y bellissimo. Entonces vi a mi amigo Tancredo que, a paso ligero atravesaba el parque y se dirigía hacia el bosque. ¿Qué hacía a esas horas de la noche en esos parajes? Su caminar era rápido como si corriera, pero el movimiento de sus pies no era tal. Tuve la impresión que se desplazaba a unos pocos centímetros del suelo a gran velocidad.

Pronto su imagen se perdió en la oscuridad bajo las sombras de los árboles.

No; no podía ser. Pensé que el efecto de los rayos de la luna habían sido los causantes de ese extraño andar que me había alarmado unos instantes. Volví a mi lecho y me quedé nuevamente dormido. Desperté ya avanzada la mañana cuando oí al mayordomo que, después de unos golpes en la puerta del dormitorio, entraba empujando un carro con un apetitoso desayuno.

El día estaba brillante, pleno de luz y alegría.

Tancredo y yo almorzamos en una terraza anexa al gran comedor. El Sol entibiaba nuestros cuerpos y el vino de nuestras copas hacía cada vez más amena la conversación.

Sin embargo existía un hielo en un rincón de mi cerebro que no se derretía. No podía olvidar la escena de la noche pasada. Deseaba

vivamente interrogar a mi amigo. Preguntarle qué estaba haciendo a esas horas de la noche en esos lugares. Pero mi educación me lo impedía, reprimiendo una natural espontaneidad, obligándome a guardar silencio.

Hubo una pausa y mientras libábamos un viejo y áspero vino rojo, Tancredo, mirándome fijamente y sonriendo me dijo: No te preocupes, acostumbro a vagar por las noches especialmente si la luna ilumina el paisaje. Es una de mis más placenteras entretenimientos y créeme, no le hago mal a nadie.

-¿Por qué me dices eso?- le pregunté hipócritamente.

-Tú muy bien lo sabes- me dijo. Mejor cambiemos de tema; no es de importancia todo aquello.

Oí con asombro la contestación de mi amigo. ¿Quién era este personaje? ¿Adivinaba el pensamiento de los demás? ¿Me había leído telepáticamente las dudas que tenía sobre la visión de la noche pasada? Pero Tancredo ya estaba hablando de otra cosa que captó plenamente mi atención.

-Mañana llegará a deleitarnos con su presencia mi amiga Dionisia. Tengo la seguridad absoluta que te va a encantar, como me ha encantado a mí. Es una mujer maravillosa. Además de su refinada cultura científica y humanística, es una artista en todo el sentido de la palabra. Canta, pinta y toca el piano magistralmente. Recita poesías de su propia inspiración. En fin, es imposible aburrirse con ella. Se suma a todo esto su espíritu deportivo, juega tenis y nada estupendamente bien. Es una gran equitadora. Además es una mujer bellísima. No sigo, tú la conocerás mañana. Créeme, caerás rendido a sus pies en cuanto la veas. Te diré que no sé si es más hermoso, su rostro angelical o la pureza de alma que se refleja en sus ojos.

No pude hacer otra cosa que quedarme mudo y pensativo ante

la descripción de una mujer tan perfecta. Supuse que Tancredo estaba enamorado de ella y exageraba en su descripción. Sin embargo la curiosidad por comprobar la existencia de esas cualidades, todas juntas en un ser humano de sexo femenino, me puso en una actitud desafiante de espera.

De mi parte, me molestaba que otra persona viniera a interrumpir mi descanso en un lugar tan confortable. Quizás se perdería el agrado de estar dos viejos amigos juntos reposando sin tener que regirse por normas de etiqueta y disfrutando de un lugar tan acogedor. Por otra parte, la futura presencia de una dama tan atractiva me despertaba sentimientos de galantería que estaban dormidos ya bastante tiempo. Su presencia me estimularía el ánimo y las hormonas. Vendría el juego del cortejo y el sano y alegre coqueteo.

No hay ninguna duda -pensé- que una mujer, provoca mecanismos que son estimulantes para el espíritu y el cuerpo.

Preparémonos Federico para la conquista...

Esa noche cenamos más temprano.

Me encontraba nervioso ante la expectativa del próximo huésped.

¿Sería timidez?

-¿Cómo es ella?- pregunté a mi amigo.

-¿A qué te refieres?

-¿Es rubia? ¿Baja? ¿Alta? ¿Gorda? ¿Pelirroja?

-Ya lo sabrás niño ansioso -rió Tancredo.

-Pero dime algo. ¿Es rubia o morena?

-¿Cuál es tu tipo de mujer?

-La mujer bonita e inteligente- contesté un poco enfadado.

-Me refiero al tipo de colorido- insistió Tancredo.

-Me gustan todas, pero tengo cierta predilección por las mujeres altas, rubias y de ojos azules.

Tancredo soltó una carcajada que se prolongó por varios segundos. Cuanto más se reía más de mal humor me ponía yo. Sin contenerme, me levanté bruscamente de mi asiento y aproximándome a él lo agarré por los hombros y zarandeándolo quise volcar el sillón donde estaba sentado.

-¿Acaso no puedes decirme si es rubia o morena?, le gritaba aparentando gran enojo y riéndome por dentro al igual que él.

Tancredo al ver mi actitud se reía cada vez más y no contestaba. Estaba atacado de la risa y ya sin aliento gritaba que lo dejara.

-¡Suéltame que me duele el vientre!

-¡Sí! ¡Sí! ¡Te voy a decir!

-¿Cómo es? Insistí.

-Es. Es una enana negra, con el pelo rizado y coja. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Jaaaaa!.. ¡Y con una nube en un ojo!

Tancredo ya no reía, berreaba como un animal. Las lágrimas salían de sus ojos, se apretaba el vientre con las dos manos y el cuerpo lo tenía echado hacia delante por el dolor y de tanto reír.

Yo, sin poder aguantar más, me reía también a más no poder.

Después, exhaustos y reclinados en nuestros respectivos asientos, levantamos nuestras copas y brindamos por la pigmea negra africana, coja y tuerta y de pelo motudo.

Esa noche, cuando estaba en el dormitorio, se me ocurrió que la “amiga” que iba a llegar mañana, probablemente sería una empleada doméstica que había contratado Tancredo, para que nos atendiera durante este período de vacaciones.

Me dormí con una sonrisa en los labios al recordar la alegre

lucha que habíamos tenido los dos amigos por disputarnos las atenciones de una deforme pigmea africana.

Al día siguiente, a las once de la mañana, Tancredo me llamó para ir a recibir a la nueva invitada. Nos dirigimos al jardín que rodeaba la mansión y nos aproximamos al lago por una larga escalinata que descendía y se hundía en las profundas aguas.

El jardín que servía de entorno era de estilo neoclásico y predominaban los rosales. Éstos cubrían arcos y cuatro glorietas armoniosamente dispuestas. El perfume y colorido de numerosas flores embriagaban la vista y el olfato.

A lo lejos se divisaba una lancha que se acercaba a gran velocidad y pocos minutos después estaba atracando en las escalinatas que tenían la función de embarcadero. En la lancha venía un solo pasajero. Era una mujer rubia y alta que nos hizo señas alegremente desde lejos, antes de llegar a la orilla.

Bajamos por las escalinatas y ayudamos a recibir el equipaje de la dama. Ella descendió elegantemente de la embarcación apoyando una de sus manos en la de Tancredo. Yo la observaba disimuladamente. Su rostro, sus angelicales ojos azules y su fina y alegre sonrisa eran fascinantes. Realmente era bellísima. La abundante cabellera rubia estaba estirada hacia atrás y terminaba en una primorosa “cola de caballo” que caía desordenadamente sobre un hombro.

Su vestimenta era de viaje ya que una elegante cofia cubría en parte su cabeza para protegerla del viento. Un vestido de lanilla gris con cerrado escote, abotonado a todo el largo de las mangas angostas y una falda que llegaba más abajo de las rodillas que ocultaban parte de sus contorneadas piernas le daban un aire de pulcritud. Sus zapatos eran largos y de taco bajo. Era una mujer alta,

grácil como una palmera, y de pies y manos grandes. Sus finos y largos dedos insinuaban una personalidad inclinada hacia las artes.

Tancredo hizo las presentaciones del caso y ella estiró la mano en ademán para que yo la besara. Esto me tomó de sorpresa y torpemente la saludé “a la americana”. Me sentí confundido, tonto, ignorante y torpe. Al parecer ella captó mi confusión y sonrió íntimamente complacida. Luego inició una superficial conversación con el dueño de casa relacionada con la belleza del jardín que estábamos recorriendo.

Mientras caminábamos hacia la casona, apareció el mayordomo que se hizo cargo del equipaje.

Dionisia cerró la puerta de sus habitaciones por más de media hora mientras nosotros esperábamos sentados en la terraza reconfortándonos con un aperitivo.

¿Qué te parece la invitada? -preguntó Tancredo.

-Es encantadora.

-Supongo que no te ha desilusionado.

-En absoluto. Es fascinante. Lo que no me explico es por qué me mentiste ayer. Tú que rindes un estricto culto a la verdad.

-Quería hacerte una broma y realmente me divertí bastante. Hacía tiempo que no tenía un ataque de risa.

-A costa mía.

-No. A costa nuestra, porque tú te reíste mucho también.

-Realmente ambos gozamos con la inocente broma.

-Día que pase conocerás más a Dionisia y te darás cuenta de lo maravillosa que es. Es una mujer excepcional. Yo diría perfecta. No tiene defectos.

-Pero yo no estoy tan de acuerdo en esto último porque observé que al saludarme tuvo una ligera desviación del ojo

izquierdo. Además le vi unas pequeñas venillas, visibles a un lado del cuello.

-Si eso crees tú que son defectos- replicó Tancredo- constatarás algún día que cuando realmente amas a una mujer esos pequeños defectos serán el más grande estímulo de tu amor hacia ella. La amarás íntegramente con todo sus defectos y si ellos desaparecieran no la amarías tanto. Creo que lo que consideras en este caso como defectos es más bien una actitud defensiva de parte tuya para no caer rendido a los pies de la perfección absoluta.

-¿Has leído “Primavera Mortal” de Zilahy Lajos?

-No.

-¿O “Servidumbre Humana” de Somerset Maughan?

-Sí.

-En esas dos novelas la mujer amada se presenta y el hombre le encuentra pequeños defectos físicos que se graban en la mente del futuro amante el cual en el caso de Primavera Mortal y de Woerter de Goethe, llega a sentir una pasión tan grande por ella que termina en un suicidio. No creo que tú termines así pero no es imposible sentir una pasión amorosa inmensa por esta mujer que tenemos aquí, que aparece en estos momentos en la galería y se dirige hacia nosotros.

En efecto, Dionisia von Metzdorff llegaba a la terraza, sonriente, esplendorosa, radiante de hermosura. Su vestido era blanco con flores estampadas y su cabello estaba suelto. Como único adorno, un collar de perlas colgaba sobre su pecho y una esclava de oro adornaba su muñeca derecha.

¡Hola! -nos dijo y se sentó frente a nosotros para que la contempláramos.

-Qué bonita estás- dijo Tancredo. -¿Deseas un aperitivo?

-Me gustaría un jugo de frutas- respondió Dionisia,-una

Primavera.

El mayordomo trajo un gran vaso con jugo de diversas frutas y Dionisia lo bebió a pequeños sorbos.

Me llama la atención -dije yo- la escasa servidumbre que tienes en tu pertenencia. ¿Cómo lo haces, Tancredo, para mantener todo esto tan limpio y ordenado con tan pocas personas? Con sólo el cuidado y mantenimiento del parque que rodea la casona se necesitarían por lo menos unos veinte jardineros.

Es muy fácil, respondió Tancredo. Todo está basado en la moderna electrónica, la hidráulica y la mecánica al más alto nivel. Créeme, con el perfeccionamiento de las máquinas llegará el día en que no habrá obreros; me refiero a la cibernética que es la recopilación y cúspide de todas las ciencias que he mencionado. Todo esto lo aplico yo aquí y es por esta razón que necesito muy pocas personas para que me sirvan.

No hace falta sino pensar en que el césped del parque debe ser cortado o que se riegue el jardín y se consigue lo deseado por estimulación telepática a receptores neuroelectrónicos, o si deseas ser más tradicionalista presionas un botón o mueves una palanca.

-Dime Dionisia ¿has pintado últimamente? ¿Siempre óleo?

Dionisia sonrió y mirándome un instante, distraídamente, contestó que últimamente se había dedicado a la acuarela, especialmente a la delicada especialidad de pintar flores. La acuarela es el arte más difícil -continuó- por lo menos para mí. Si deseas pintar mucha luz, en reflejos o destellos o el color blanco, no debes de pintar ahí. Es como pintar en negativo. Es maravilloso llenar con agua cristalina el área que corresponde a un pétalo y luego dar una tenue pincelada con el pincel impregnado en la pintura y ver cómo ésta se expande de mayor intensidad o concentración, a menor

intensidad, haciéndose cada vez más tenue el color a medida que se aleja y esa variante de tono hace un pétalo delicado, maravilloso. Pareciera que una tuviera entre sus dedos la varita mágica de un hada que se entretiene creando flores a pequeños toques...

Mientras Dionisia hacía la descripción de su técnica yo la observaba silencioso, deleitándome con su belleza. Realmente parecía un hada y empecé a imaginarme cómo, con su varita mágica tocaba los verdes tallos y nacían flores con los más hermosos colores en el centro de un prado multicolor radiante de sol y de luz. Dionisia con una sombrilla y un largo vestido, al verme, corría hacia mí. La visión era nítida, real y su alegre imagen espiritual invadía mi alma.

-¿Lo aburro con mi conversación? Era ella que me miraba ahora con cierto dejo de preocupación o extrañeza.

-¡No! ¡No! ¡De ninguna manera! -balbuceé.

Ella me miró con ingenuidad y se rió. Sus dientes eran hermosos y sus ojos realmente bellísimos.

Dionisia volvió a reír y yo, sonriendo, le pregunté ¿acaso se ríe de mí?

-Sí- me respondió con toda inocencia.

-Me río de usted.

Sentí en un momento que me miraba como si yo fuera un niño. Como un hermoso y tierno niño y eso me dio alegría.

El motivo de la risa de Dionisia era una especie de amistoso cumplido. Pero había otro pensamiento más importante en mi cerebro, era una sensación difusa que invadía todo mi ser e impregnaba mi espíritu y mi cuerpo. Era una realidad inconfundible, placentera y triste a la vez, con un dejo de angustia que me hacía suspirar. Acababa de darme cuenta de que yo estaba enamorado de

Dionisia. Enamorado de una joven que había conocido solamente algunas horas atrás. ¡No podía ser! Mi alma se defendió, rebelde y vencida a la vez. Dionisia- gemí calladamente- ¡Qué será de mí!...

La mañana estaba avanzada cuando me levanté.

Tomé desayuno solo, en el comedor.

Supe que Dionisia y Tancredo habían salido a dar un paseo a caballo.

Decidí entonces caminar por el parque y respirar aire puro para aliviarme de una mala noche cuajada de pesadillas. La mayor parte de ellas se centraban en un solo tema que podría resumirse en los celos que tenía por la amistad de Dionisia y Tancredo, y yo, actuando en un papel tangencial e insoportablemente contemplativo.

No me agradó por lo mismo, el saber por intermedio del mayordomo que ambos habían salido esa mañana sin acordarse de mi persona.

Recorrí los caminos del parque, triste y pensativo, imaginándome quizás qué idilio estaba ocurriendo en el bosque.

Caminé por el valle, limitado por frondosos árboles y me dirigí hacia una lejana máquina cegadora de pasto que divisé a distancia. Mi intención era preguntarle al que manejaba la segadora si había visto pasar a los dos jinetes.

Cuando estuve a pocos pasos detrás de la lenta máquina, apuré mi andar para situarme al lado del conductor el cual, al parecer, no se había percatado de mi presencia. Empecé a gritarle para llamar la atención pero el hombre no me oía debido al ruido que hacía la segadora. Me acerqué más a él y traté de tocarle un brazo. En esos instantes la máquina dejó de funcionar y el maquinista, sin quitar las

manos del volante, giró la cabeza hacia mí. Entonces di un grito de asombro porque la cara que me estaba observando era una plancha curva de acero con una pequeña luz azul que salía del centro de su frente.

Retrocedí espantado y la máquina reinició su andar con el robot en el volante.

Recordé entonces la conversación con Tancredo el día anterior referente al exiguo número de sirvientes de la mansión de los Hauteville.

Regresé angustiado y al encontrarme con el mayordomo le pedí que me sirviera un whisky.

A los pocos minutos llegó el silencioso mayordomo portando una bandeja de plata con un vaso, una botella y una cubeta de cristal con hielo. Mientras se llenaba el vaso, lo observaba con desconfianza. ¿No sería también un robot? Sus movimientos eran lentos, parsimoniosos y me pareció ver debajo del cuello de la camisa un brillo metálico similar a un tornillo o una tuerca ¿o era una cadena en la cual colgaba una medalla religiosa?

Ese día no quise almorzar. Me encerré en el dormitorio y me tendí sobre la cama. Poco después me quedé dormido.

Atardecía cuando oí unos suaves golpes en la puerta. Era el mayordomo que preguntaba si necesitaba algo y que el amo y la señorita solicitaban mi presencia. Me levanté malhumorado y bajé hacia uno de los salones del primer piso.

Allí estaban Dionisia y Tancredo conversando. El tema era sobre las vestimentas y la influencia que podrían tener sobre los seres humanos.

Tancredo exponía su punto de vista recordando el dicho que “el hábito no hace al monje” y Dionisia insistía en que, si bien el

hábito no hacía al monje, ni el uniforme al militar, ni el delantal blanco al médico, éstos, al vestirse de esa manera se “investían” concientes o inconscientemente de una personalidad definida.

En otras palabras, la vestimenta influía en sus personas para tener un comportamiento relacionado con el vestido. Podríamos decir -insistía Dionisia- que sería una especie de influencia por sugestión o tal vez mágica.

Yo estaba absorto contemplando a Dionisia, cómo, sin alterarse, con un tono de voz armonioso daba su opinión con palabras extremadamente convincentes. Su inteligencia iba a la par con su belleza y feminidad.

Al notar mi presencia ambos interrumpieron su amigable discusión y me invitaron a sentarme.

-Te hemos echado de menos -dijo Tancredo- y requerimos tu presencia.

-¿Qué opinas tú del tema de conversación?

-Es difícil opinar si se llega tarde a la reunión- repliqué. Pero creo que ambos tienen la razón. Hay terroristas, ladrones o traficantes de drogas que se disfrazan de religiosos para evitar sospechas de la policía o de los aduaneros, y por otro lado, las vestimentas, los uniformes, para ser preciso, hacen verse mejor a quién los lleva. Podríamos decir que el ser humano irradia algo que transmite a su vestimenta, y ésta representa al que la lleva. Y como dice Dionisia, si yo visto con tal uniforme, me siento posesionado de su significado o simbolismo y trato de comportarme consciente o inconscientemente en relación a lo que significa o expresa esa vestimenta.

-Se concluye que los símbolos influyen en el comportamiento de las personas, interrumpió Tancredo jovialmente.

-No solamente los símbolos sino la presencia de otros seres humanos. Sin que uno se dé cuenta existe una influencia recíproca de pensamientos, gestos, tonalidad de voz, ademanes, etc...

Estaríamos refiriéndonos al fenómeno de la reciprocidad o de la resonancia psíquica que es un tema interesantísimo.

-Si tú amas a una persona existe una gran probabilidad que ella responda amándote también, especialmente si se trata de una persona inmadura, como un niño por ejemplo. Si transmites alegría eso mismo recibirás. Quién siembra, cosecha lo que ha sembrado.

Dionisia, si tú amas a Federico es lo más probable que él te ame a ti. ¿No es así amigo mío?

Al oír las palabras de Tancredo me sentí tenso y sólo atiné a tragar saliva y a carraspear. Sentí los latidos del corazón subir por el cuello y atiné a sonreír y a mirar a ambos con cara de angustia. Dionisia se puso a reír y sus graciosas carcajadas sirvieron de apertura para desahogar mi tensión, y todos reímos. Entonces noté cómo las mejillas de Dionisia se sonrojaban levemente, al mismo tiempo que trataba de esquivar mi llameante mirada. ¿Sería verdad lo que estaba observando?

¿A Dionisia también le había afectado esa frase que tanto me había afectado a mí? ¿Acaso yo le sería atractivo?

Tancredo interrumpió mis pensamientos para anunciarnos una sorpresa. Tendríamos la compañía de una orquesta de cámara que tocaría para nosotros cuando estuviéramos cenando, pero yo no le presté atención a la singular invitación que anunciaba mi amigo. Mi pensamiento daba vueltas alrededor de la posibilidad que yo pudiera ser atractivo a la mujer que amaba.

Ella, aparentemente sin percatarse de mi pseudomutismo, comenzó a hablar de un tema que, por una sensibilidad casi

enfermiza de parte mía, lo asocié a mis íntimos pensamientos.

-¿Qué opinas de la fantasía? -le preguntó a Tancredo.

¿Habría Dionisia captado mis pensamientos y me echaba un jarro de agua fría en la cabeza, para despejarla de percepciones falsas?

-He efectuado profundos y largos estudios sobre este apasionante tema- replicó Tancredo.

La fantasía...

Este singular fenómeno está presente en el ser humano, de preferencia en el ser primitivo y en la infancia. También en los artistas creadores y en los científicos. Sin la fantasía no existiría la creación. Ella le sirve de anteproyecto a esta última.

Recuerdo haber leído una frase atribuible a Ludwig van Beethoven y que se refiere a su creatividad, decía así:

“Yo llevo mis ideas dándome vueltas un tiempo en la cabeza, y a veces hasta mucho tiempo, antes de pasarlas al papel. Mi visión es tan exacta que estoy seguro de no olvidar nada incluso cuando han pasado años desde que se me ocurrió. Cambio mucho, deshecho, vuelvo a probar hasta que estoy contento. Entonces comienzo en mi cerebro la labor de darle expresión. Como sé lo que quiero, la idea fundamental no me abandona. Veo ante mí con precisión la imagen en su conjunto como si fuera de una pieza. Lo único que falta entonces es escribirla. Ello marcha rápidamente. A veces tengo varias obras al mismo tiempo pero no las confundo”.

Me quedé mirando absorto a Tancredo. Mi amigo había recitado esta larga frase como si fuera un poema. No había la menor duda que su memoria era considerable y ahora no me extrañaba que hubiese aprendido con facilidad el buen número de idiomas referidos por él días atrás.

Se dice que la sordera progresiva de Beethoven no fue

obstáculo para su espíritu creativo -comentó Dionisia. Así respondió Tancredo. El podía “oír” la música al leerla. El mayor sufrimiento que le dio su mal, no fue el alejarlo de la música sino de la gente. La sociabilidad ya de por sí patológica en él, antes de la sordera se vio considerablemente disminuida provocándole un aislamiento que mucho lo afectó. Pero volviendo al tema de la fantasía, hay pintores que captan el color y o la imagen antes de pintar el cuadro y lo transmiten, días, meses, años después a la tela.

Podríamos decir que generalmente tienen pintado el cuadro en su mente antes de tomar la paleta y los pinceles. Lo mismo sucede con los escritores.

Son estímulos provenientes del mundo de la naturaleza física o humana que dan un gatillazo al mecanismo creativo. Estos estímulos externos o internos echan a andar el fenómeno psiconeuronal de la fantasía.

Diríamos que existen dos grandes grupos de fenómenos fantasiosos o fantásticos que se podrían catalogar en positivos o negativos para la mente humana, sin necesidad de referirnos exclusivamente a la creatividad. Los negativos tratan de dañar al ser humano. No así los otros que levantan el espíritu, le dan salud al cuerpo y alegría a la mente. Personalmente le he rendido culto a la fantasía positiva y he llegado a resultados sorprendentes, increíbles. No olvides que los pensamientos son cosas.

Para mal de la humanidad siempre se hace presente el eterno equilibrio, el vaso comunicante que mezcla en el alma el bien y el mal.

Cuanto más se aleja el péndulo hacia un extremo más llega al otro. Es necesario romper ese equilibrio, esa simetría natural, y mantener el péndulo oscilando del centro hacia el extremo del bien.

¿Cómo hacerlo? Hay que romper las fuerzas de la naturaleza y actuar mediante fuerzas sobrenaturales. En otras palabras, alejarnos de lo habitual y acercarnos a Dios...

-Pero eso es imposible- repliqué. Somos animales y siempre tenderemos por instinto, hacia el equilibrio natural.

-Uno de los medios- contestó Tancredo, es la fantasía positiva. Pero se ha hecho tarde, en treinta minutos más los invito a que nos reunamos en el comedor para cenar.

Esa noche Dionisia estaba bellísima.

Se había vestido con un traje de seda negro y de su hermoso y bien contorneado cuello colgaba una gargantilla de brillantes.

Un perfume suave invadía todo a su alrededor y se mezclaba con un delicioso y tenuemente perceptible aroma de mujer que irradiaba su piel.

Nos sentamos a la mesa y nos deleitamos con exquisitos guisos según antiguas recetas.

En los instantes en que se servía el postre, que consistía en dos variedades de tortas y helados, entraron a la sala del comedor cinco músicos de cámara vestidos a la moda del siglo XVII.

Lucían negros zapatos de punta recortada y hebillas de plata; medias de seda blancas, calzones y librea roja, esta última bordada con hilos de oro, y en sus cabezas llevaban una peluca blanca empolvada y peinada hacia atrás sujeta con una cinta negra de terciopelo.

Saludaron silenciosamente con una parsimoniosa venia y luego se instalaron con sus instrumentos de cuerdas y de viento

alrededor de un clavecín que se había puesto esa tarde al fondo de la sala del comedor.

La selecta música de cámara que disfrutamos esa noche durante algunas horas fue sencillamente maravillosa y perfectamente interpretada.

Nos deleitamos con la Polonesa y el Minuet de la suite N°2 de Juan Sebastián Bach.

La Danza de los Espíritus Benditos de Orfeo y Eurydice de Gluck, algunos temas de Antonio Vivaldi y finalmente la suite Holbergs de Edvard Grieg.

Motivado por comer y beber tan exquisitos manjares y vinos, era realmente un gran placer escuchar la música de una orquesta de cámara tan singular.

Mientras escuchaba la Danza de los Espíritus de Gluck, los armoniosos tonos de la flauta me hacían evocar el canto de un ave bella y delicada como Dionisia.

Los acordes llegaban a mis oídos y el efecto que producían, lo expresaba en mis ojos al contemplarla.

Amaba a esa mujer. La amaba con toda mi alma y su belleza física la asociaba a la armoniosa melodía que percibían mis sentidos mezclándolo todo en un solo sentimiento de dicha que me llevaba a la perfección.

Al parecer Dionisia percibió que la contemplaba y tornó su rostro hacia mí, sonrió dulcemente y sus pupilas brillaron. Fueron dos luces fugaces que expresaron cariño... quizás amor.

Yo ya no escuchaba la música sino que hacía esfuerzos para no demostrar mis emociones porque estaba preso de una dulce tristeza que me invitaba a llorar.

¿Por qué sentía esa tristeza? ¿Acaso la belleza perfecta no era

más digna de felicidad? Quizás mis sentimientos eran de frustración al no poder alcanzar esa perfección humana manifestada en esa doncella y hacerla mía. Totalmente mía y de nadie más.

Traté de serenarme y lo logré concentrándome en la observación de la orquesta.

Me llamó la atención que todos los músicos eran de la misma estatura y sus facciones asombrosamente parecidas. Podríamos decir que eran hermanos gemelos. A pesar de que cada uno tocaba un instrumento diferente, sus gestos eran similares, por no decir iguales, como si una misma figura se reflejara en múltiples espejos; pero ello no era posible ya que los instrumentos y la posición de las manos eran diferentes. Sus sonrisas, su expresión de ejecutantes, eran idénticas.

Tenía dudas si estábamos en presencia de robots, y aprovechando uno de los intermedios le pregunté a Tancredo si eran muñecos mecánicos.

Mi amigo soltó una carcajada. Luego, serenándose me contestó secamente ¡tú lo has dicho!

Tan vaga y escueta respuesta me dejó en una mayor incertidumbre. Yo lo había dicho. Él, no...

Al despedirnos esa noche, Tancredo y Dionisia hicieron algunos comentarios acerca de la cabalgata que habían realizado esa mañana y se pusieron de acuerdo para ir nuevamente de paseo. Yo interrumpí el diálogo y expresé mi malestar por no haber sido invitado.

Te espero mañana a las once en el jardín, contestó Tancredo, y con una bondadosa sonrisa nos deseó buenas noches y se retiró a sus habitaciones.

Me quedé solo con Dionisia. No sabía qué decir. Me sentía

nervioso, tenso y al mismo tiempo agradado de estar con ella.

Dionisia me preguntó si yo sabía andar a caballo; le contesté afirmativamente pero hacía mucho tiempo que no cabalgaba.

-Mañana veremos cuánto se ha olvidado de este noble deporte- me dijo sonriendo, y simulando un bostezo ocultado por su delicada mano, dio las buenas noches y subió por la escalinata de mármol hacia sus habitaciones.

Yo la contemplaba hipnotizado.

A su regio y armonioso andar se sumaba el fino ademán de levantarse levemente el vestido para no tropezar con los escalones.

Parecía que una estela invisible de su suave perfume iba tras ella. Al llegar arriba hizo una pausa. Sabía que yo la observaba. Me miró y una leve sonrisa de Gioconda se expresó en sus grandes ojos y en la comisura de sus labios.

-Buenas noches- repetí.

-Muy buenas- contestó suavemente y desapareció en el pasadizo.

Cerré la puerta del dormitorio y caí de bruces sobre el lecho.

-¡Dionisia! ¡Dionisia! Te amo...

Apagué la luz de la mesita de velador y descorrí los cortinajes. Abrí las ventanas y respiré el frío aire de la noche. Mi pecho lanzó un lacónico suspiro. Quería estar cerca de ella. Deseaba que ese suspiro hondo y profundo llegara hacia ella.

Sentí frío y cerré las ventanas. Mañana tendría que montar a caballo. Quedaría machucado. Tal vez me caería o terminaría abrazado al cuello del animal. Para resumir, haría el ridículo ante la mujer amada.

Me reí al pensar en todas esas perspectivas. Pero no importaba. Después de todo estaría cerca de ella.

Me quedé dormido conjugando el verso de la armonía universal:

*Yo te amo,
Tú me amas,
Dios nos ama,
Nosotros nos amamos,
Vosotros os amáis,
Los ángeles nos aman. . .*

Al día siguiente desperté alrededor de las nueve. Me lavé y vestí con unos pantalones de diablo fuerte, camisa escocesa, zapatones, chaleco de lana, una chaqueta larga de cuero y un sombrero alón de fieltro con una pequeña pluma asomada en la cinta.

Me miré en el espejo y Federico aprobó a Federico. ¡Vamos! A conquistar a Dionisia, me dijo Federico, el del espejo.

Bajé alegre la escalinata. Tancredo y Dionisia estaban en la terraza que daba al jardín.

Ella calzaba unas altas botas de montar, una chaqueta roja y un jockey de terciopelo negro. Un pañuelo de seda blanca sujeto al cuello por una perla, le daba un toque de refinada elegancia.

Tancredo vestía un rígido y ajustado traje negro que yo nunca había visto antes en fiesta ecuestre alguna. Parecía la armadura de

uno de sus antepasados y su sombrero se asemejaba más a un yelmo, con una enorme pluma de avestruz y un adorno que parecía celada.

Caminamos hacia las caballerizas donde nos esperaban un caballo blanco, uno negro y otro bermejo de rubia crin. Hacía mucho tiempo que no veía corceles tan hermosos; realmente eran esculturales y de pura sangre arábica, sin embargo el caballo negro de Tancredo era de gran porte, de patas firmes y poderoso cuello. Más bien parecía un caballo apto para torneos feudales o batallas ecuestres.

La montura era inusual, parecía la silla de un vaquero pero con estribos de bronce con forma de babuchas, en cambio nuestras monturas eran al estilo inglés.

Iniciamos esa mañana nuestra cabalgata a pleno sol y nos internamos al paso por el bosque.

El paisaje era sombrío, puro y hermoso y nuestras cabalgaduras resoplaban alborozadas. Llegamos a un claro entre los árboles que nos condujo a una pradera. Dionisia inició un trote con su caballo y luego se alejó al galope. Tancredo y yo la seguimos y pronto las tres cabalgaduras corrieron a un galope rápido y armonioso.

Después de algunos minutos me sentí más seguro y alegre y galopeé confiado bajo el sol otoñal que bañaba la fría mañana con sus débiles rayos amarillentos.

A medida que avanzábamos una niebla rastrera invadió el valle e impedía ver el suelo.

Dionisia y Tancredo se adelantaron y yo los seguí a cierta distancia.

Mientras iba tras ellos, pensé que Tancredo y Dionisia deberían conocer muy bien el terreno ya que no podían ver dónde

pisaban sus caballos y la niebla era alta llegando hasta la altura de los estribos.

Mis dos compañeros se habían alejado unos cien metros de mí cuando de pronto empezó a nevar. No eran copos de nieve los que caían desde lo alto sino millares de estrellitas, semejantes a los simétricos cristales de la nieve pero su tamaño era tan grande como el de una moneda. Caían silenciosamente y sus formas complejas eran bellísimas.

Algunas chocaban contra mi cuerpo y se derretían. ¡Era un espectáculo fascinante!

La luminosidad que ofrecían al reflejar la luz del sol provocaban un efecto mágico en la niebla.

Mi asombro no tenía límites y les grité a mis compañeros para expresarles mi sorpresa y admiración por esta escena singular.

Espoleé mi caballo y éste aumentó su galope pero curiosamente dejé de oír y sentir en mi cuerpo el ruido y el chocar de los cascos sobre el suelo. Mi cabalgadura se desplazaba suavemente como si estuviera en los aires. En efecto: ¡Estábamos volando! ¡Sí! ¡Estábamos volando! ¡Los tres corceles entre las nubes!

En esos momentos sentí una felicidad indescriptible y me di cuenta de que mi caballo era ingobernable. Decidí dejarme llevar para así gozar plenamente del paisaje aéreo que tenía a mi alrededor.

Había dejado de nevar. Más bien había terminado esa hermosa lluvia de cristales y ahora galopábamos suavemente por entre cúmulos de nubes blancas y rosadas que se desplegaban lentamente dejando espacios de un cielo purísimo.

Volamos rodeando una inmensa montaña de nubes blancas como la nieve, llegamos al extremo de este gigantesco cúmulo y divisamos el cielo hermoso y despejado, infinito a la distancia.

Dionisia y Tancredo se detuvieron para contemplar este grandioso espectáculo y yo los alcancé y me situé al lado de ellos.

La luminosidad era intensa y una música extremadamente bella y misteriosa percibieron mis sentidos.

Muy lejana, se divisaba una ciudad que brillaba intensamente, emitiendo destellos dorados cegadores. Parecía flotar en el espacio y en ella se distinguían almenas y torres.

Tancredo la observaba, sereno, en silencio e íntimamente complacido. De pronto habló como si comentara algo para si mismo.

-Visión semejante -dijo- pero no celestial, es la que debió tener mi antepasado Tancredo al avanzar hacia la conquista de Jerusalén.

Yo no entendía todo lo que estaba sucediendo y permanecí callado junto a ellos.

Luego, Tancredo dirigiéndose a nosotros, dijo algo así como que yo aún no estaba preparado para continuar la cabalgata y debíamos retornar, entonces volviendo grupas inició el regreso al galope.

Dionisia y yo lo seguíamos pero con gran pena de parte mía por tener que alejarme de ese paisaje sobrecogedor. Pronto nos metimos dentro de las nubes y poco tiempo después sentí cómo mi caballo galopaba normalmente sobre la tierra. La niebla se estaba disipando y Dionisia había desaparecido de mi lado. ¿Acaso se había adelantado e iba más allá con Tancredo?

Fustigué mi caballo y lo hice avanzar a todo galope por un terreno pantanoso entre ramas y troncos caídos.

De pronto oí que crujía el suelo como si los cascos de mi caballo estuvieran rompiendo cañas secas o cacharros de greda. Yo no podía ver lo que había abajo debido a la niebla que cubría el valle,

pero hubo un instante en que ésta se disipó y pude constatar con horror que las crujientes cañas y cacharros rotos no eran tales sino osamentas humanas.

Todo el campo estaba cubierto de ellas y mi caballo las pisaba y trataba de esquivarlas. Súbitamente la cabalgadura se encabritó y relinchando de terror se paró en dos patas y yo sin poder sujetarme caí de espaldas al suelo y perdí el conocimiento. No sé cuanto tiempo permanecí así. Tuve la sensación que me ponía de pie y vestía un delantal de médico.

El horizonte estaba blanco, luminoso bajo negros nubarrones que cubrían todo el cielo. Sobre la faz redonda de la Tierra marchaba una fila interminable de guerreros muertos en todas las épocas. Venían del tiempo infinito y la fila terminaba en el tiempo infinito. Su caminar era lento y cansado. No miraban hacia el suelo ni al frente sino a la siniestra porque allí veían la escena cómo habían muerto.

Con mi vestido blanco me acerqué a la fila pero ellos me rechazaron airados.

-¡Aléjate!- exclamaron con rabia.

-Nosotros rendimos culto a la muerte y tú a la vida.

-Nosotros ayudamos al sagrado equilibrio y tú intentas romperlo.

Me alejé con una triste sonrisa en los labios, meditando sobre todo lo que había observado...

Abrí los ojos y me encontré sobre mi lecho en la mansión de Tancredo.

Dionisia estaba sentada a mi lado y me miraba con una expresión de gran cariño. Quise levantarme pero ella lo impidió colocando suavemente una mano en mi hombro y con la otra me

hizo la señal de silencio poniendo el índice delante de sus labios.

Me dolía terriblemente la cabeza y al parecer tenía fiebre.

-Dionisia ¿qué ha pasado? Balbuceé- pero ella no me respondió. Me miraba con gran ternura y en esos instantes recordé a mi madre cuando me cuidaba siendo yo niño y estaba enfermo.

Traté de decirle cuánto la amaba pero no salieron las palabras de mi garganta.

Ella se retiró silenciosamente y yo quedé solo en mi habitación, tendido en el lecho, casi a oscuras.

A mi mente llegaron muchos pensamientos e interrogantes.

¿Por qué Tancredo había dicho que yo no estaba preparado aún para continuar en la cabalgata?

¿Esa cabalgata fue un sueño o fue real?

Si hubiera sido un sueño ¿Qué significaba?

¿No estaba preparado porque mi vestimenta era inapropiada para entrar a esa misteriosa y lejana ciudad?

¡Absurdo!

¿Acaso mis conocimientos ecuestres eran insuficientes?

También ilógico, porque no cabalgamos sino volamos sobre las nubes.

¿Qué significaban todo esos esqueletos repartidos en el suelo?

¿Y la visión de los guerreros muertos?

Dionisia ¿realmente había estado al lado mío en el dormitorio, o era una nueva ilusión?

¡Dionisia! Exclamé angustiado llamándola en voz alta. Ella entró a la habitación y nuevamente se sentó a mi lado.

-Dionisia. Mi mente está algo confusa. Sólo tengo una idea, transparente y verdadera.

Cuál es -se preguntará usted. Sólo sé que la amo. La amo con

toda mi alma. Es usted maravillosa. Créame que la amo con todas sus bellas cualidades y también con sus defectos.

Dionisia se puso a reír alegremente. Inclino su cabeza hacia atrás y exclamó -¡nunca había oído una declaración de amor tan infantil!

Yo me sentí algo avergonzado pero al instante me serené. Sentí una paz interior que me invadía. Sí. La quería como aman los niños con su amor simple, honesto y puro.

Ese día no bajé a cenar y dormí profundamente toda la noche.

Al día siguiente en la mañana me levanté lleno de energías y felicidad. Ella sabía que la amaba y eso era el motivo de mi alegría.

El Sol entibiaba la atmósfera con una suave luz dorada y los rosales y otras plantas exhalaban un suave aroma que daba agrado y armonía a nuestros sentidos.

Dionisia estaba bordando, sentada en un banco en la glorieta vecina al lago. Me acerqué a ella y la saludé con un amable “buenos días”.

Ella me sonrió con sus grandes ojos azules.

Dionisia -le dije- quisiera que uno de estos días aceptara mi invitación para pasear juntos por el parque hacia un lugar determinado que he preparado especialmente para usted.

No entiendo de qué se trata -me respondió sonriendo.

-Se trata de que le tengo una sorpresa dedicada a usted.

-Ha picado mi curiosidad- confesó Dionisia. Vamos

inmediatamente antes de almorzar.

Partimos a pie caminando por el parque y nos internamos por un sendero en el bosque el cual terminaba en una suave loma. Desde allí dominábamos todo el paisaje a nuestro alrededor.

La vista era estupenda y la mañana nos llamaba a gozar plenamente de todo aquello.

Días atrás, en mi vagar solitario por el parque, había llegado hasta allí y recolectando grandes piedras logré con ellas escribir el nombre de Dionisia. Si alguien llegaba hasta ese lugar y bajaba la vista por el verde lomaje, el nombre escrito en forma tan original resaltaba bastante y era imposible que pasase desapercibido.

Cuando llegamos al lugar indicado le pregunté a ella si no encontraba algo que le llamara la atención.

El paisaje es muy lindo -me respondió.

-Pero- dígame Dionisia ¿no le llama algo la atención? Algo especial relacionado con usted.

-No- no se me ocurre.

Entonces caminé hacia las piedras y mirándola desde abajo con los brazos en alto exclamé: ¿No le llama la atención el nombre de mujer que escribí con estas rocas el otro día en homenaje a usted?

-¡Ah! ¡Sí! -exclamó Dionisia. ¡Qué distraída soy!, y rió a más no poder. Yo volví hacia ella y fingí tristeza y pesadumbre al constatar que no se había reconocido el agotador trabajo que había realizado. Dionisia seguía riendo y me dijo que ése no era su nombre.

-¡Cómo! Entonces ¿Cuál es su verdadero nombre? -pregunté.

-Mi nombre se escribe con y; es Dionysia. Pero no importa, se ve lindo así también. -Corregiré el error inmediatamente- dije, y sacándome la chaqueta la lancé por los aires, bajé corriendo y

empecé a acarrear algunas piedras hasta que cambié la “i” por la “y”.

-¡Listo!- dije, sacudiéndome satisfecho la tierra de las palmas de las manos.

Dionysia estaba complacida.

-¿Por qué escribió mi nombre? Fue mucho trabajo -comentó femeninamente.

-Porque sencillamente la amo, Dionysia. La amo desde que la vi por primera vez. Me llevo suspirando, sufriendo por usted.

Dionysia me miraba con ternura. Su rostro angelical reflejaba una bondad infinita.

-Dígame una sola palabra, dígame que mi amor es correspondido y seré eternamente feliz.

Dionysia, seamos algo más que amigos. Le ruego acepte mi invitación a comprometernos en un noviazgo.

Dionysia sonrió y se sonrojó. Se puso a observar el paisaje como si estuviera ausente; luego mirándome a la cara serenamente me dijo:

-En tres meses más...

Yo no supe qué decir. Me quedé mudo. No comprendía su reacción.

Si yo no le gustaba como pretendiente me habría dicho no. Si le agradaba me habría aceptado. Pero no comprendía esa respuesta que implicaba un plazo de tiempo extraño.

-Así será- contesté, y la invité a bajar por el lomaje del valle hacia el parque.

Cuando íbamos por el sendero ella tuvo una femenina vacilación al tener que bajar por una parte empinada del camino y yo la tomé de la mano y después no se la solté a pesar de su resistencia en quitar la suya, mas, al cabo de un tiempo ella cedió y yo se la

apreté con cariño.

Me detuve al llegar al parque y le dije que me diera un beso. Ella sonrió y me dijo la misma frase: En tres meses más...

-¡No! Ahora- dije firmemente.

-Es usted muy insistente.

Entonces la tomé por la cintura y le di un beso en la boca. Dionysia no se resistió más y nos dimos el beso más hermoso de mi vida.

Sentí sus labios, su lengua y sus dientes. Su perfume, su aliento y el roce de sus cabellos en mi mejilla.

Después ella se retiró asustada. Déjeme- me dijo. Sus labios estaban finamente temblorosos y sus pupilas dilatadas.

-Esto no debería suceder- balbuceó.

-Pero ha sucedido- le respondí.

Entonces, tomándome de la mano me invitó a continuar caminando y nos dirigimos hacia la casona.

Dionysia iba preocupada. Algún problema la afligía y yo no sospechaba cuál era y no me atreví a preguntar nada.

A la hora de almuerzo comenté mi fracaso como linotipista de la edad de piedra ya que la primera edición de mi obra paleolítica escrita con gran esfuerzo, había pasado desapercibida y aún más, la había editado con error ortográfico ya que Dionysia se escribía con y griega.

Tancredo sonreía con mi relato mientras Dionysia daba

explicaciones por su distracción.

A propósito de nombres -pregunté- ¿por qué te llamas Tancredo? Supongo que estás de acuerdo conmigo de que no es un nombre común.

Ese nombre -respondió Tancredo- proviene de un antepasado mío que combatió en la Segunda Cruzada junto con otros caballeros de esa época, como Godofredo de Bouillón, Hugo de Vernandois y Raymond, conde de Toulouse, antepasado del pintor Henri de Toulouse Lautrec.

Mi antepasado Tancredo era la mejor espada normanda de su tiempo. Fue uno de los pocos caballeros que, por no herir su orgullo, no prestó vasallaje a Alejo, Emperador de Bizancio.

Estuvo en el sitio de Antioquía donde los sitiadores cruzados sufrieron una gran hambruna. El hambre fue tan espantosa, que la plebe se dedicó al canibalismo comiendo cadáveres de los turcos kurdos caídos en las escaramuzas.

Tancredo también combatió en la famosa batalla de la lanza.

Después del sitio de Nicea tuvo un papel importante en el sitio y caída de Jerusalén, el 14 de Julio de 1099.

A Tancredo D'Hauteville, los musulmanes lo llamaban “djinn” o sea un espíritu sobrenatural. En fin, habría mucho que hablar de este personaje legendario pero creo que los aburriría. De todas maneras me parece que te he aclarado gran parte de lo relacionado con el origen de mi nombre.

-Completamente- le respondí.

A propósito de temas de antepasados y de familias, les confesaré que pasado mañana es mi cumpleaños y he invitado a varias amistades; algunos son vecinos míos en esta zona.

Deseo celebrarme de una manera original y he enviado

mensajeros con las invitaciones solicitando que acudan disfrazados, pero en tal forma, que el disfraz imposibilite el reconocimiento de la persona.

Me anticipo en comentarles que la velada será original ya que nadie sabrá quién es quién.

-¡Estupendo! exclamó Dionysia. ¡Me disfrazaré de colombina!

-Y yo de pierrot- repliqué inmediatamente.

¡Ah! -reclamó Tancredo. ¿Así que se planifica delante de mí el sabotaje al proyecto de anonimato? Pues bien. Algo haré mis queridos amigos para que no sean reconocidos, en vista de que me han anticipado sus disfraces.

Tres noches después llegaron los invitados.

Algunos viajaron en góndolas venecianas. Éstas estaban adornadas e iluminadas artísticamente; aparecieron atravesando el lago en la noche y atracaron en las escalinatas de la mansión.

También llegaron antiguos carruajes portando a vistosos disfrazados en un derroche de gran colorido. Todos iban con el rostro totalmente cubierto por el disfraz mismo o por impenetrables antifaces negros.

Había reinas antiguas, sapos, pavos reales, monjes, fantasmas, gladiadores romanos, patinadoras de lindas piernas, verdugos, caballeros feudales con cascos y celadas, soldados de la primera guerra mundial con máscaras anti-gas, diablos del altiplano

boliviano y ¡cinco colombinas y otros tantos pierrots similares a mi disfraz!

-¡Ah Tancredo! ¡Qué hábil sois! -murmuré. ¿Cómo sabré cuál es mi colombina?

Me acerqué a conversar con cada una de ellas; éstas reían y entonces su parecido era asombroso. Era prácticamente imposible distinguir a una de otra.

A medianoche hubo un brindis por el dueño de casa, pero nadie sabía cuál de los presentes era el festejado ya que era imposible reconocerlo.

Se inició el baile e invité a cada una de las colombinas para observar si con los movimientos de la danza al compás de la música pudiera yo distinguir y reconocer a mi amada.

Imposible.

Estaba cansado y de mal humor. Tancredo me había hecho una pesada broma.

Frustrado, visité a menudo el buffet y me sobrepasé en las bebidas alcohólicas sirviéndome más de lo que acostumbraba.

Trataba de esa manera de alegrarme y evitar así la angustia y rabia que me embargaban.

De pronto tuve una corazonada al observar una colombina conversando con un pierrot. Me acerqué a ellos para escuchar sus voces pero la música en esos momentos era muy intensa y nada pude escuchar.

La invité a bailar, pero ella sonriendo, se alejó en dirección a la terraza. Yo seguí tras ella y cuando estuve a su lado insinué que nos sacáramos las máscaras pero ella me respondió que la fiesta no había terminado y aún no amanecía. Entonces malhumorado me retiré y me dirigí a mi habitación. Allí me recosté en la cama y me quedé

dormido.

Desperté cuando la claridad de la aurora teñía el horizonte.

Me mojé la cara y bajé la escalinata. La música había cesado y las parejas conversaban calladamente en los rincones. Me dirigí a la terraza y allí estaba ella, mi colombina. Cuando me vio pareció sorprenderse y trató de alejarse; entonces me acerqué presuroso y le exigí que se sacara el antifaz porque la aurora ya había llegado. Ella no aceptó y ante tanta negativa y ofuscado por el efecto del alcohol traté de sacarle la careta a la fuerza. La colombina se defendió cubriéndose el rostro con ambas manos y afligida se inclinó hacia delante pero yo insistí y logré arrancar el antifaz de sus apretadas manos.

La colombina dio un grito y cayó al suelo desmayada. Entonces al mirar su rostro me di cuenta de que no era Dionisia porque detrás, donde había estado el antifaz ¡no había nada! ¡Nada! No había cara sino una negra oscuridad.

Di un grito de horror y solté el antifaz que tenía en mi temblorosa mano y tambaleándome me dirigí torpemente hacia el dormitorio.

Durante el corto trayecto desde la terraza hacia mi habitación pude constatar que ya no estaban los invitados; solamente vi los disfraces vacíos, como si sus dueños, después de divertirse, los hubieran dejado abandonados allí y marchado a otra parte.

¿Adónde?

Cerré la puerta con llave y tirando lejos los zapatos me introduje semivestido en la cama con la cabeza debajo de las sábanas.

El dormitorio entero giraba lentamente alrededor mío como si fuera un gran carrusel.

¡Dios mío! ¡Estoy borracho! ¡Qué tontería más grande he cometido! Y girando yo ahora como el centro de un inmenso torbellino me quedé dormido y no supe más de mí... hasta que empecé a soñar. Era un sueño extraño, con cierto dejo de ridículo en el cual la realidad se mezclaba con la fantasía.

Lo recuerdo con gran nitidez:

Tancredo y yo escalábamos una montaña.

¡Vamos! -decía mi amigo. Amarra la soga a tu cintura que la ascensión es peligrosa y originalísima. ¡Escalaremos el Happy Birthday Horn!

Sin saber cómo, me vi de improviso con parka, zapatos con clavos y pico de montaña escalando un difícil sendero cubierto en parte de nieve.

A mi entender, el paisaje era un glaciar, por el aspecto de nieve eterna que tenía. Ésta me agradaba porque parecía merengue. Pude comprobar que así era porque al atravesar una grieta tropecé y caí de bruces y mi compañero tuvo que detenerse mientras yo me levantaba presuroso y avergonzado.

No te aflijas respondió mi acompañante. Para eso sirven las cuerdas. Si te caes, el otro te salva la vida o mueren todos. Esto es solamente el principio, más arriba verás lo que es bueno.

Con la caída había entrado un poco de nieve en mi boca y, curiosamente, la encontré con un agradable sabor dulce y a vainilla.

Seguimos ascendiendo y ambos jadeábamos por el cansancio. Cada cierto tiempo nos deteníamos para descansar algunos minutos. Íbamos a llegar a la cima cuando esta vez mi compañero tropezó y provocó la rodada de varias rocas que sobresalían en la nieve. Una de ellas pasó volando cercana a mi cabeza y continuó su trayectoria cuesta abajo. En esos instantes vi que la roca tenía el aspecto de una

gran pasa o una frambuesa o algo parecido.

¡Apresúrate! No te detengas porque ahora viene lo más difícil, gritó mi guía respirando trabajosamente y continuó hacia arriba mientras la cuerda se ponía nuevamente tensa. Yo veía la silueta del sombrero tirolés de mi amigo que se destacaba a contraluz en un grandioso atardecer de luz amarillenta.

Tancredo, después de grandes esfuerzos había logrado subir a una meseta y de allí empezó a tirar la cuerda para aligerar mi ascenso.

A pesar del atardecer, hacía un calor infernal, hecho inusitado en la montaña a esas alturas.

Llegué a la cumbre y me encontré con un espectáculo fascinante. Estábamos en la cima de la montaña la cual era una gran meseta redonda cubierta de nieve o algo similar. Sobre esta meseta estaban implantadas treinta y un columnas de hermosos colores. Había rojas, azules, verdes, amarillas, naranjas, celestes, blancas y una que otra rosada. En el vértice de cada columna surgía una gran llama y estas treinta y un llamas eran las causantes del color amarillento del paisaje y del intenso calor que había en la cima.

¡Hemos llegado! -exclamó mi guía y se sentó apoyando la espalda en una de las columnas. Luego cogió un trozo de nieve y se lo echó a la boca.

Siéntate -me dijo con la boca llena de merengue. Come un poco tú también y celebremos mi cumpleaños número treinta y uno. Estamos en la cima de la torta que mamá ha hecho para mí.

Yo estaba estupefacto. Me di cuenta de que las enormes columnas llameantes de múltiples colores eran velas de cumpleaños. Entonces, a pesar de mi cansancio me puse de pie y con voz enronquecida comencé a cantar:

¡Happy birthday to you! ¡Happy birthday to you! ¡Happy birthday dear Tancredo etc... y observaba la complacencia que traducía el rostro de mi compañero de escalada al escuchar este tradicional canto.

Desperté muy tarde sintiéndome con el cuerpo malo. No sabía si por haber bebido demasiado o por haber comido en exceso nieve de la montaña de merengue.

Bajé al primer piso y constaté que la mansión estaba solitaria. No había vestigios de fiesta de la noche anterior. Todo estaba limpio y en orden como si nunca hubiera habido celebración alguna. Me paseé por la terraza, luego bajé al jardín y dirigí mis pasos hacia la glorieta para descansar la vista en el lago y respirar aire puro.

A mi adolorida cabeza llegaban múltiples pensamientos los cuales me dejaban lleno de dudas. ¿Qué era todo esto? ¿Tancredo y Dionysia eran personajes irreales? Imposible. Recordaba con nostalgia el beso que le había dado a ella y cómo había remecido por los hombros a Tancredo la primera noche a mi llegada.

¿Sería esto una broma grandiosa de mi amigo por la cual había gastado una considerable suma de dinero? Muy poco probable. Era muy difícil de explicar la cabalgata por los aires.

Decidí visitar las caballerizas pero no encontré los caballos, negro, blanco y rojo, protagonistas del fantástico paseo por las nubes.

Las caballerizas estaban vacías. ¿Estarían los caballos pastando en los potreros?

Me prometí entonces no inquietarme más por todas esas dudas. No preguntar ni investigar nada. Me vino a la mente el pensamiento que si buscaba una explicación a todos los misterios acaecidos, éstos se retirarían de la escena y con ellos Dionysia.

Amaba a Dionysia y no quería perderla. Era necesario entonces vivir el presente y nada más.

Más sereno y reconfortado con la brisa pura del lago, me dirigí a la casona en busca de mis amigos.

De aquí en adelante me propuse firmemente no asombrarme por nada extraño que sucediera a mi alrededor.

Los encontré en el interior de la mansión en uno de los grandes y sombríos salones laterales. Los saludé con un ¡Buenos días!

Estaban conversando con una dama desconocida para mí.

Era una bella mujer, de alrededor de unos sesenta años.

Observé que lucía unas hermosas piernas que no guardaban relación con su edad.

-Me alegra tu presencia- me saludó Tancredo. Te voy a presentar a una antigua amiga que estuvo en mi fiesta de cumpleaños y ha amanecido con dolor en uno de sus ojos. Como supo que tú eras médico y estabas aquí, ha venido a visitarte por si puedes aliviarla.

Se hicieron las presentaciones del caso y luego pedí que me excusaran un momento para ir en busca del maletín de médico que siempre portaba en mis viajes por si había algún requerimiento a mi profesión.

Algunos instantes después bajaba la escalinata y me decidía a examinar a la hermosa paciente. Constaté que su ojo derecho estaba rojo. Busqué algún cuerpo extraño que hubiera irritado la conjuntiva pero nada encontré. Invertí el párpado superior con un palito de fósforo envuelto en algodón y constaté que estaba sano.

Decidí entonces hacer un fondo de ojo y sacando mi oftalmoscopio del maletín la invité a otro aposento vecino al salón

que era más pequeño y se podía oscurecer completamente. Le solicité que se sentara en una silla y con el oftalmoscopio en mi mano lo acerqué al rostro de la bella mujer. Iluminé su ojo derecho. Su hermoso iris. Su negra pupila. El rojo telón de la retina mostraba una enredadera de venas y arterias que iniciaban su recorrido desde la mácula. Ésta brillaba en el cielo escarlata de la retina como una extraña luna llena.

Sentía su rostro muy cerca del mío y eso me provocaba placer y al mismo tiempo me angustiaba un poco.

Debajo de la luna llena de la mácula observé unas negras sombras con bordes angulosos y otras rectangulares. La visión me asombró al máximo porque tenían el aspecto de aleros o esquinas de paredes o de murallas y casas.

Del fondo de estas sombras apareció una mujer vestida de bailarina. Daba unos tímidos y armoniosos pasos con la punta de sus zapatillas de ballet y avanzaba hacia mí, girando su grácil cuerpo como lo hacen las bailarinas. Sonreía y su boca y ojos maquillados lucían muy hermosos. El tutú era de un vaporoso color rosado, y el cielo, que era la retina, ya no estaba rojo sino de un color azul casi negro.

Se oía una rítmica música que iba al compás de los latidos de las arterias que ya no eran vasos sanguíneos sino larguísimos árboles. Eran álamos negros que se contrastaban delante de la noche azulada.

Llegó hasta mí y me invitó a pasar haciendo una graciosísima y elegante venia y como yo no podía por estar paralizado con toda esta mágica escena, se puso furiosa y acercando su rostro, juntó su pupila con la mía y llegué a otro escenario tan misterioso como el primero.

Vi a una bailarina, hermosa, grácil, vestida de blanco que prácticamente volaba por los aires y estaba rodeada de muchas otras. Al fondo había un lago que reflejaba la luminosidad de la luna y una música maravillosa inundaba toda mi mente.

Me pareció que la bailarina de blanco era Dionysia. Esta vez era una pequeña niña que interpretaba La Muerte del Cisne del ballet de Tchaikowsky.

Yo miraba extasiado toda esa escena hasta que se desvaneció lentamente en la oscuridad.

Retiré el oftalmoscopio y descorrí los cortinajes.

-¿Me ha encontrado algo grave doctor? Preguntó mi paciente.

-¿Es usted aficionada al ballet?-interrogué.

-Algo más que eso. Fui bailarina profesional.

-Lo presumía. Lleva usted el baile muy adentro en su alma.

Ella se encogió de hombros y sonrió complacida.

-Usted padece de una conjuntivitis. Échese estas gotas tres veces al día y se sentirá mejor.

-Muchas gracias.

Volvimos al salón. La hermosa bailarina se despidió y partió en un carruaje que la estaba esperando en el jardín. Minutos después se perdía de vista entre los árboles del parque.

Me quedé pensativo. ¿Por qué vi a Dionysia en la triste escena del ballet? ¿Acaso la iba a perder? ¿Por qué la vi como una niña de doce años?

Estoy hipnotizado de amor por ella -pensé- y la veo en todas partes.

Regresamos al salón. Tancredo me ofreció un aperitivo antes de almorzar pero yo rehusé cortésmente.

A la hora de almuerzo se conversó nuevamente sobre el tema

de la fantasía.

Dionysia comentó que los niños, en su mundo fantástico, imaginan cosas y su mente simple transforma su fantasía en realidad.

Si juegan con un avión o con un soldado o con una muñeca, creen que ese juguete pertenece a la realidad, le dan vida y se introducen anímicamente en él. ¡Es emocionante! A veces su fantasía es tan grande que juegan con personajes que no existen, que nosotros no vemos pero son reales para ellos.

Algo así me podría estar pasando a mí -pensé en mis adentros- Pero no soy un niño.

-¿Podría preguntarte en qué estás pensando?- me interrumpió Tancredo.

-En nada- respondí. En el examen médico que le hice a tu señora amiga.

-¿Acaso encontraste algo más? ¿Digno de preocupación?

-No.

A propósito de niños, tengo un cuento que me regaló una sobrina y lo guardo en mi cartera porque lo encuentro muy lindo-dijo Dionysia.

-Tú, Tancredo, que eres concertista en piano, tengo la seguridad de que te va a gustar.

Sería muy grato que usted lo leyera para nosotros, le dije.

Si me lo permiten, sería un placer el leerse los.

Diciendo esto, Dionysia se levantó de la silla y fue en busca de su cartera. Vestía un traje de lanilla y de su delgado cuello colgaba un largo collar con múltiples piedrecillas de diversos colores incrustadas en pequeños eslabones de plata.

Su grácil cuerpo se contorneaba, hermoso y atractivo cuando

se alejó de nosotros.

Aquí lo tenemos -dijo Dionysia- desplegando una vieja y amarillenta hoja de papel.

-¿Lo leo?

-Léelo.

-Se titula: La Rosa y el Pianista.

“Había una vez un señor que tocaba mucho piano y era muy rico.

Como era tan rico y bueno, un día se le apareció una rosa en el piano y era de oro puro.

El pianista se acercó a observarla con mucho cuidado y exclamó ¡es una rosa de oro puro! Y la acariciaba con sus manos. La voy a colocar sobre el piano para que me sirva de adorno y compañía mientras toco- dijo.

Cuando la pusieron en un hermoso florero con agua, la rosa se alivió porque tenía mucha sed.

El pianista siempre tocaba lindas melodías en compañía de su rosa.

Un día el piano se echó a perder y cuando el pianista quiso tocar en él constató que la rosa estaba muy triste y le empezó a hablar al piano.

Como la rosa podía hablar le dijo al pianista que el alma del piano estaba enferma y el pianista al oírla dijo, mi flor es mágica y gritó de alegría porque la belleza y la presencia de la rosa habían arreglado las cuerdas del piano.

Con esta rosa recorreré el mundo tocando en conciertos para ayudar a los pobres y a los enfermos, dijo el pianista y gracias a esa rosa mágica hizo mucho bien.

Pero la rosa estaba muy triste porque había cumplido su

misión y tenía que dejar a su pianista al cual amaba mucho...”

Tancredo interrumpió el relato y dijo: Ese final no lo ha escrito un niño. Lo has escrito tú Dionysia.

Dionysia se sonrojó y mirándome con gran tristeza no habló más.

Yo nada comprendía en esos momentos. Luego pensé que el pianista era Tancredo y Dionysia la rosa. Pero ¿por qué la joven me había mirado con esos ojos tan tristes?

La fantasía, ¿tiene alguna relación con la magia? - pregunté.

Por supuesto- replicó Tancredo. Así como el niño y el hombre primitivo tienen reacciones análogas, especialmente en lo relacionado con la fantasía, también las tienen en otros aspectos como se ha descrito en el Animismo, en que tanto el hombre primitivo como el niño no hacen distinción entre lo animado y lo no animado. Ambos atribuyen, a todo lo que les rodea, una naturaleza análoga a la suya y presumen que en cada objeto se oculta algo así como un espíritu. A este espíritu se le atribuyen todos los acontecimientos que se producen alrededor del correspondiente objeto y que pertenecen a la naturaleza. Así cobran vida las aguas de un arroyo, las tempestades, las plantas y rocas, etcétera...

Todos hemos observado a un niño jugando con sus juguetes. Ellos tienen vida. Más aún, si por un torpe movimiento el niño se cae y sufre daños físicos dolorosos, él no es culpable sino la bicicleta o el tronco que lo hizo caer y castiga físicamente a dicho objeto porque según el niño, la bicicleta o el tronco tienen alma o voluntad o capacidad para hacerle ese daño.

Esto está relacionado con la teoría animista que tiene muchos puntos contradictorios, sin embargo, alguna de sus observaciones son exactas.

En cuanto a la magia, ésta está en relación con el concepto de religión primitiva.

La base psicológica de la magia es el deseo ilimitado de dominar el mundo por un esfuerzo creador. Este deseo va a veces acompañado del temor de no saber manejar las fuerzas que el actor desencadena.

Según las observaciones del que practica magia, las cosas en la naturaleza actuarían unas sobre otras, a distancia, por una simpatía que implica afinidades o semejanzas directas entre ellas. El reconocimiento de esta simpatía o cadena de reacciones daría origen a actividades mágicas. Y créanme que a veces suceden fenómenos sorprendentes. Me explico: Supongamos que un hombre primitivo desea cazar un determinado animal. Su deseo lo transmite en una pintura rupestre en la cual se cumple gráficamente su intención o deseo. Esta figura creada, según él, influye en el animal real que va a cazar. Lo ha dibujado y desea dominarlo mediante un esfuerzo creador, y como las cosas en la naturaleza actúan unas sobre otras con un mecanismo que él cree objetivo, queda convencido de que así sucederá. Ese sentir o pensar le da seguridad y esta seguridad y convencimiento pleno de lo que va a suceder lo lleva al camino del éxito. El animal es cazado.

Mediante mecanismos similares, muchos de ellos secretos, el ser humano se ha valido en el transcurso de la historia para tener éxito en las conquistas guerreras o en la conquista del ser amado o también para hacer daño al ser que odia.

Hubo una pausa.

-Y esos mecanismos ¿son inmediatos o simultáneos a los actos mágicos?- pregunté.

-No. Las consecuencias son posteriores. No guardan una

relación contemporánea. Tú puedes tener un pensamiento y los deseos se cumplen en otra etapa del tiempo, podríamos decir que existe cierto grado de inercia. Los resultados pueden producirse tiempo después.

-¿Incluso si el causante del acto mágico no estuviere en el tiempo presente mientras suceden los resultados?

-Sí- respondió Tancredo con voz muy baja.

Me pareció observar que mi amigo empalidecía levemente pero pensé que más bien había sido un cambio de intensidad de la luz que entraba por los ventanales y no un palidecer de origen emocional.

Después de la cena, Tancredo decidió deleitarnos tocando en un piano de cola que había en el salón principal.

Eligió algunas obras de Federico Chopin.

Interpretaba en forma magnífica los preludios y entre uno y otro nos explicaba lo que él sentía cuando los tocaba.

Después de haber tocado el Preludio N°4, me sobrevino una gran tristeza y mi sentimiento de cariño hacia Dyonisia invadieron todo mi ser.

-No sé si ustedes sienten lo mismo que yo -comentó Tancredo. Me imagino que Chopin cuando compuso este Preludio tenía una gran pena. Una frustración afectiva o quizás una sensación de abandono.

Este sentimiento fatalista se puede percibir también en el N°17

que les tocaré a continuación. Díganme si no se oyen claramente las campanadas lúgubres del reloj del tiempo que anuncian un triste fin.

Después de esta explicación se puso a tocar este preludeo con tanto sentimiento de su alma que me emocioné hasta las lágrimas y me imaginé que esa profunda tristeza podría sentir yo algún día si dejara de ver a mi mujer amada.

Ella estaba frente a mí, al lado del pianista y daba vueltas las páginas del libro de música.

¡Qué hermosa estaba!

Dionysia -dije con voz imperceptible ¡cuánto te amo! Cuando oigo esta música maravillosa mi espíritu vuela hacia ti, se introduce en tu mente y te transmite toda la armonía y belleza que siente mi ser en estos momentos.

Así lo haré siempre y tú te acordarás de mí al recibir esas ondas invisibles, telepáticas, de amor y belleza musical. Oirás maravillosas melodías no audibles por tus oídos sino por el centro de tu hermosa cabeza y me recordarás en cualquier lugar que tú estés.

Tancredo había dejado de tocar y mi fantasía se desvaneció junto a la última nota. Luego sus largos y finos dedos de artista recorrieron el teclado haciendo algunas improvisaciones para después seguir con variaciones sobre temas clásicos.

Mientras tocaba conversaba con nosotros.

-La música- decía -permite transmitir los sentimientos de un espíritu a otro. Es el sentir del autor lo que se transforma en un mensaje mediante la obra musical. Podríamos decir que es un fenómeno armónico de resonancia psíquica. El autor tiene un sentimiento, lo transcribe y crea la obra musical y las personas al escuchar esa música, sienten lo que el autor sintió cuando la escribía, mediante un mecanismo de resonancia psíquica. Igual cosa

sucede con las obras pictóricas. ¿No es así Federico?

Por un mecanismo similar, el pintor se vale -además de la forma- de innumerables colores y sus diferentes matices para expresar lo que siente.

El autor musical se vale de combinaciones y timbres de sonidos dados por diversos instrumentos que logran interpretar todo tipo de sentimientos y personajes humanos. Las notas altas representarían a la mujer o al niño y las bajas al hombre maduro, adolescente o al anciano. También algunos instrumentos caracterizan al sexo. No podríamos de dejar de asociar el violín o el arpa con la mujer o el fagot o el chelo con el sexo masculino.

-¿Y la tuba? Pregunté con cierta ingenuidad.

-Con un enorme sapo -me respondió sonriendo Tancredo.

-¿Podríamos decir que la música es hasta cierto punto hermafrodita? -preguntó Dionysia.

-Podríamos decir que sí- contestó Tancredo- ya que tiene voces femeninas y masculinas. Es comparable con un coro. Pero al igual que los seres humanos los pasajes musicales se definen y forman una personalidad propia. Es un grupo humano donde están presentes hombres y mujeres y también niños y ancianos. A este grupo le sumamos sapos, gansos, aves canoras y otras manifestaciones de la naturaleza, como tempestades con sus truenos y el silbido del viento, las olas del mar, la montaña, etc... Todo ello nos invita a imaginar lo que conocemos en este mundo, y también nos lleva a otros mundos, desconocidos para unos y conocidos para otros seres privilegiados.

-¿Y esos otros mundos son conocidos para ti?- interrumpí.

Tancredo calló. Me miró fijamente a los ojos y no me contestó. Su noble rostro parecía darme un mensaje en esos instantes.

Mensaje que no capté.

La velada había terminado y nos fuimos a dormir cada uno a nuestros respectivos dormitorios.

Esa noche tuve una decisión audaz. Me propuse visitar a Dionysia en sus habitaciones privadas. Si ella era un fantasma o un robot lo habría de saber. Si fuera un ser humano también lo comprobaría.

Cuando todos se habían retirado a sus habitaciones y los pasillos estaban tenuemente iluminados, abrí silenciosamente la puerta de mi dormitorio y me desplacé en puntillas por la galería. Giré la manilla y entreabrí la puerta. Había luz y no me atreví a entrar. Sentía cómo me palpitaba fuertemente el corazón. Di tres suaves golpes en la puerta, la abrí lentamente y asomé la cabeza.

Ella estaba en camisa de dormir sentada en la cama leyendo un libro y con la lámpara del velador encendida. Al percatarse de que yo la observaba pareció sorprendida y con mirada severa me preguntó qué hacía ahí.

-Vengo a comunicarle algo.

-¿De qué se trata?

-Se trata -dije- sentándome en el borde de la cama -que me muero por usted y no puedo olvidar el beso que nos dimos, así es que insisto en que nos demos otro.

Ella cerró el libro y sonrió.

-Es usted muy audaz- respondió.

-Al parecer tiene frío porque está temblando.

-Sí, tengo mucho frío y deseo meterme a su cama.

-¡Imposible!

-Por lo menos deme un beso.

-Tampoco. Sea bueno y vuelva a su dormitorio.

-Dionysia, no sea cruel, por lo menos deme un beso.

Dionysia me tomó la mano y me dijo con cariño que me retirara. No pude sino que obedecer y me retiré derrotado cerrando la puerta con suavidad.

Me acosté feliz. Ni los fantasmas ni los robots leen libros a la luz de la lamparilla del velador y tampoco rechazan a un galán con tanto señorío y donaire.

Pasaron los días y la presencia cotidiana de Dionysia hizo que el amor hacia ella fuera en parte correspondido.

Solíamos pasear juntos por los alrededores gozando sanamente de nuestra amistad creciente. Ella se dejaba acariciar y amar y respondía con igual afecto a mis besos y caricias.

Éramos felices.

Una noche, después de la cena, la luna se había asomado por encima de las montañas y derramaba su suave luz sobre la superficie plateada del lago.

Dionysia y yo contemplábamos este silencioso paisaje en la glorieta vecina a la casa. En la orilla, bajo la glorieta, había una embarcación a remos e invité a Dionysia a navegar por la tranquila superficie del lago.

El bote se deslizaba silenciosamente por las aguas y casi sin darnos cuenta nos alejamos bastante de la costa hasta casi perder de vista la mansión de los Hauteville.

-¿Por qué miras tanto hacia una misma dirección?- pregunté extrañado.

-Quiero mostrarte una playa que tiene algo digno de verse. Es una playa magnífica. Podríamos desembarcar allí por algunos minutos.

-¿Queda muy lejos?

-No; está justo al frente de nosotros.

La orilla del lago estaba cubierta con una tupida selva virgen y en un corto trazo se divisaba una pequeña playa que brillaba a la luz de la luna.

Brillaba más de lo habitual.

El bote encalló en una arena gruesa y centelleante como si cada enorme grano de arena fuera un pedacito de cristal que reflejaba con gran intensidad la luminosidad de la noche.

Ayudé a Dionysia a bajar y caminamos por la playa crujiente y solitaria hasta encontrarnos con una gran muralla natural formada por enormes rocas. Tomándome de la mano, Dionysia me guió hacia la boca de una caverna existente en un risco y nos internamos por ella.

-Ven- me dijo. Te voy a mostrar algo que jamás podrías haberte imaginado en estos lugares.

Las paredes del túnel eran transparentes y brillaban como si fueran de sílice o cristal puro dejando pasar la luz que venía desde arriba.

Caminamos un largo trecho por esta gruta fascinante cuyo colorido y luminosidad eran de distintas tonalidades según el grosor del mineral que la constituía.

Algunos trechos eran de un suave color turquesa, más allá éste se tornaba en celeste pálido o índigo, siendo el color violeta y el azul los que prevalecían en las paredes que recibían menos luz.

Yo estaba mudo de asombro. Realmente era un espectáculo sobregogedor.

Al final del túnel llegamos a una colina que ascendía hacia la montaña. Esta zona estaba despejada de árboles. Al fondo de la suave colina se erguía un imponente palacio de estilo neoclásico.

Sus amplios ventanales permanecían oscuros y silenciosos reflejando solamente la luz de la noche.

Nos aproximamos a la escalinata de mármol del frontis y llegamos a unas enormes puertas que se abrieron quejumbrosamente cuando Dionysia y yo, con gran esfuerzo, las empujamos hacia fuera después de hacer girar una pesada manilla de bronce.

Llegamos a una espaciosa antesala con baldosas también de mármol y subimos por una escalinata que se bifurcaba en dos al llegar al piso superior.

Nuestros cautelosos pasos resonaban en las altas y frías paredes como si estuviéramos dentro de un grandioso templo, vacío y solitario.

Dionysia me tomó de la mano y me guió hacia el segundo piso del ala derecha del castillo. Abrimos otra puerta y llegamos a un inmenso salón al estilo Luis XV con magníficos espejos y muebles dorados.

Cuatro gigantescas lámparas de lágrimas de cristal colgaban del cielo y los cortinajes de brocato rojo entreabiertos dejaban ver la tenue y silenciosa luz de la luna a través de los ventanales.

-¿No es maravilloso?- exclamó Dionysia.

-¿Quién vive aquí?- pregunté.

-Aquí viven tú y yo. Dos enamorados de la belleza y de la vida.

-Espera. Te tengo una sorpresa.

Dionysia corrió hacia un sillón dorado y sacó de entre las patas una pequeña caja, la puso sobre una gran mesa de arrimo y levantó la tapa.

Al acercarme comprobé que se trataba de un antiguo fonógrafo.

-¡Extraordinario! Exclamé. ¿De adónde sacaste esto?

-Lo tenía guardado aquí hace mucho tiempo esperando que llegara este momento- me dijo risueña.

-Es como para creerte, ya que esta pequeña victorola no guarda relación con el estilo del inmenso salón. Mejor estaría aquí la orquesta de cámara que noches atrás nos brindó Tancredo en su mansión.

Dionysia parecía no escucharme. Estaba concentrada en sacar una manivela que guardaba el gramófono en su interior. Cuando la atornilló en un costado de la caja, le dio cuerda haciendo girar la manivela.

Un disco empezó a moverse lentamente y alcancé a leer en su sello el título de la música que Dionysia iba a tocar. Era la Serenata para cuerdas Op.48 de Piotr Ilich Tchaikovsky.

Dionysia tomó el pick-up y puso la aguja en el disco y el pequeño gramófono empezó a sonar con el timbre añoso característico, acompañado de los ruidos propios de las ralladuras de los discos viejos.

El ambiente era mágico. Adelantándome hacia ella hice una venia y la invité a bailar.

La estupenda melodía con compases de vals resonaba en las paredes del gran salón solitario y Dionysia y yo bailamos en un verdadero éxtasis de amor en el centro de la gran pista de baile.

De pronto la música se hizo más clara e intensa en un momento en que girábamos felices.

Se escuchaba un murmullo de voces que se entremezclaba con los compases de música de una orquesta y las lámparas de lágrimas se encendieron iluminando todo el salón y a decenas de parejas que bailaban alrededor nuestro.

Las damas vestían trajes de noche de gran lujo y estaban adornadas con finísimas joyas. Los varones vestían frac o uniformes militares de gala con sus condecoraciones. La mayoría de los hombres tenían barbas o largas patillas.

En los márgenes del salón había damas abanicándose mientras los caballeros ancianos conversaban y observaban a las parejas de bailarines.

Lacayos con libreas y densas pelucas blancas servían licores y otras exquisiteces.

La música venía desde arriba. Mientras bailaba lleno de alegría con este mágico cambio, pude divisar a una orquesta de cuerdas que tocaba, instalada en un recinto o escenario dedicado especialmente para ella.

Cuando bajé la vista vi a Dionysia que lucía un hermoso vestido azul de seda y un collar de brillantes. Éste no estaba en su cuello antes de iniciar la danza.

En esos instantes el vals terminó y las parejas se dirigieron a las orillas.

Dionysia, apoyándose en mi antebrazo me llevó presurosa hacia otro salón. Mientras nos dirigíamos hacia allá le pregunté porqué se la veía triste o preocupada.

-¡Debemos irnos lo más pronto posible! -me contestó angustiada. -A esta hora la niebla empieza a invadir la superficie del lago y si no nos apresuramos no podremos regresar.

En esos momentos casi corríamos por los salones, tomados de la mano en busca de una salida.

Hubo un segundo en que yo tropecé con un sirviente que portaba una bandeja con copas de licor. Éstas cayeron al suelo salpicando la falda de una dama que gritó sorprendida. Un caballero

que estaba junto a ella, al percatarse de mi torpeza me miró airado y exclamó en voz alta: ¡Con gentes tales, un hombre de honor no puede tratar sino mediante la violencia!, y se acercó a mí para abofetearme el rostro, pero yo en esos instantes no deseaba duelo alguno y apresurando la carrera salimos al jardín y nos dirigimos velozmente hacia la gruta luminosa.

Antes de entrar a ella me detuve jadeando y mirando hacia atrás observé cómo el palacio se esfumaba en la niebla que bajaba desde la montaña.

Aún se escuchaban los acordes de la orquesta que había vuelto a tocar y se divisaban las ventanas luminosas a través de la neblina.

Corrimos nuevamente hacia la playa y empujé el bote; al hacerlo hundí un pie en la playa y se me introdujo un grueso grano de arena en el zapato. Remé con fuerzas en la silenciosa noche pero la niebla lentamente fue rodeándonos hasta que nos invadió totalmente y perdimos toda visibilidad.

Yo estaba asustado y Dionysia, en una actitud de desesperación y fatalismo puso calladamente las sienes entre sus manos y apoyó los codos sobre sus rodillas.

Dejé de remar y me acerqué a ella para tranquilizarla. La abracé y le di un beso en la mejilla y mi cariño pareció serenarla.

El lago estaba silencioso. De vez en cuando se oía un lejano grito de dos aves acuáticas. Era un grito largo y cadencioso como un lúgubre gemido.

No sé cuánto tiempo estuvimos así adormilados por la tranquilidad de la noche oscura e impenetrable.

De pronto Dionysia se irguió y en actitud de alerta me ordenó silencio.

A lo lejos se oía un ruido de remos.

¿Hay alguien allá? -grité.

¡Necesitamos ayuda! ¡Estamos perdidos!

El ruido de remos se oyó más cercano. Algo se aproximaba. Divisamos a través de la espesa niebla una misteriosa embarcación en la cual iban cuatro figuras vestidas de negro que eran los que remaban. Un quinto iba sentado al timón. Este último se puso de pie y nos lanzó una cuerda la que amarramos en la proa de nuestro bote. Luego fuimos remolcados en plena oscuridad.

Los remeros llevaban gorros pasamontañas y yo no podía ver sus rostros. Solamente percibía sus fuertes miradas que brillaban en la oscuridad.

Navegamos a remolque silenciosamente durante varias horas hasta que llegamos a las escalinatas del embarcadero de la mansión de los Hauteville.

Yo estaba muy agradecido de la actuación de los misteriosos y negros personajes y les pregunté cuánto les debía. Ellos sonrieron y respondieron que eran servidores del señor Tancredo, el cual, muy preocupado por nuestra ausencia, les había ordenado ir a buscarnos y llevarnos de regreso a casa.

Les di las gracias y ellos se alejaron remando hasta desaparecer en la niebla.

Tancredo nos esperaba con un farol en su mano en alto, nos guió por el jardín y entramos a la casona.

La niebla estaba cada vez más espesa y hacía bastante frío.

-Estaba preocupado por ustedes- nos manifestó nuestro amigo. Decidí no sentarme a cenar hasta que hubiesen llegado.

-Les tengo un reconfortante vino caliente. Veo que están empapados por la niebla y muertos de frío, así que el aperitivo que beberemos junto a la chimenea los reconfortará. Luego pasaremos a

cenar.

-¿Cómo estuvo el paseo en el lago?

-¿Dónde estuvieron?

-En uno de los palacios de Nadezhda von Meck, respondió Dionysia.

-¡Ah! ¡Nadezhda!- suspiró Tancredo. ¡Qué mujer extraordinaria y qué extraño su comportamiento ante el genio de Tchaikovsky.

Ella fue la gran benefactora del compositor. Era una de las mujeres más ricas de su tiempo y se enamoró de Tchaikovsky a través de su música. Nunca se vieron, salvo en una ocasión. Ella invitaba al genio para que la visitara a sus palacios y cuando Piotr Ilitch llegaba, encontraba el palacio sin la dueña y con una misiva escrita en que explicaba su ausencia y le daba excusas por ella.

Imagínense ustedes al gran músico vagando por los enormes y lujosos salones; inspirado, posesionado de su espíritu creador y añorando la presencia de la dueña de todo aquello sin lograr encontrarla.

Esto sucedió en múltiples ocasiones y en distintas residencias de la señora von Meck.

-Dijiste que en una ocasión se encontraron- interrumpió Dionysia.

-Sucedió solamente una vez y en la calle.

Fue un encuentro sorpresivo que los dejó a ambos algunos segundos sin reaccionar.

Estuvieron cara a cara sólo un instante. El músico se sacó el sombrero y ella pareció perder la cabeza por completo y no sabía qué hacer...

-El palacio que hemos visitado ¿perteneció a ella?- pregunté

con ingenuidad.

-Es una réplica, contestó Tancredo, y cambió inmediatamente de tema.

-Tú que trabajas con la vida y con la muerte ¿qué opinas de la vida?- preguntó mi amigo. Personalmente creo que la vida es una cosa efímera y pasajera, muy valiosa. Es como si lanzaras una piedra hacia arriba. En el momento en que deja de ascender e inicia el descenso, ese instante es la vida. Lo demás es la muerte, mucho más larga e importante. Eterna.

-Nosotros los católicos -repliqué- consideramos que la vida es más importante que tu concepto de guijarro o granito de arena. La vida más allá de la muerte; esa sí que es eterna para bien o para mal nuestro, según el comportamiento que hemos tenido aquí en la Tierra.

Hubo una pausa y nos quedamos en silencio. Posteriormente Tancredo llenó su copa con vino tinto y dijo: ¡Brindo por la muerte con este vino negro!

Nos quedamos silenciosos ante tan extraño y solemne brindis; entonces, llenando mi copa con vino blanco, rubio como la cabellera de Dionysia repliqué: ¡Brindo por la vida, por la alegría de la juventud y por la belleza de las mujeres!

Cuando estaba con la copa en alto miré a Dionysia con ojos de fuego y ella bajó la vista y se sonrojó. Luego, mezclando ella los dos vinos levantó su copa de contenido rosado y dijo: ¡Brindo por la vida y por la muerte. Ambas necesarias y creadas por el Todopoderoso para que exista la perfecta armonía!

Tancredo estaba pálido y en su noble rostro se acentuaron los rasgos de su nariz recta y fina y sus ojos y cejas germánicas.

A mí me dolía el pie debido al granito de arena que se había

introducido al zapato y ya no pudiendo soportarlo más me ausenté momentáneamente de la sala del comedor. Desaté los cordones, me saqué el zapato y arrojé el granito sobre la alfombra. Vi que éste brillaba notablemente y cogiéndolo entre los dedos lo observé con detención. Era como un pedazo de cristal. Más bien parecía un brillante, pero era imposible imaginarse que toda la playa estuviese cubierta por estos innumerables diamantes. No podía creer una cosa así y fui hacia el comedor a mostrarle a Tancredo mi hallazgo. Éste lo examinó y luego lo lanzó al fuego de la chimenea.

-Si se trata de un diamante, mañana lo encontrarás intacto-dijo.

Quedé estupefacto. Sabía que sería imposible encontrarlo nuevamente entre la abundante ceniza de la gran chimenea.

El asunto está terminado -pensé. Nunca sabré si esa playa estaba formada por brillantes y menos sabré la verdad sobre el mágico baile en el misterioso palacio de la condesa von Meck.

Después de la cena, Tancredo se retiró a sus habitaciones y yo me quedé con Dionysia sentados en un sofá frente al fuego.

-Dionysia- le pregunté quedamente. ¿Fue real nuestra aventura? El palacio, el baile, tu pequeño y antiguo gramófono, esa playa maravillosa...

Dionysia me miraba sonriente pero un dejo de tristeza se reflejaba en su rostro.

Estaba realmente muy hermosa.

-Vive el presente- me dijo con dulzura. No pienses en el pasado ni menos en el futuro. La vida es muy corta, valoriza y goza de las cosas en el presente, y acercando su rostro al mío me besó con gran ternura... La leña de la chimenea crepitaba y el fuego iluminaba nuestros rostros.

En un romántico ímpetu de amor hacia Dionysia me puse de pie y le dije que ya venía. Salí al jardín que estaba apenas visible por la niebla y busqué un rosal de flores rojas que crecía en el sendero cercano a la glorieta. Ese día me había llamado la atención una hermosa rosa roja que lucía plenamente su belleza y juventud. Corté el tallo con las manos y al no ver bien por la oscuridad y la niebla -y por no tener tijeras- una espina me pinchó el dedo.

Llegué con la hermosa flor donde Dionysia y se la ofrecí como símbolo de mi apasionado amor hacia ella.

Dionysia agradeció la ofrenda y le llamó la atención mi dedo ensangrentado. Quiso besarme la herida pero yo no la dejé.

-Te has herido por mí- susurró. No deseo que tú sufras por mi persona- y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Me sorprendió su tristeza y le pregunté cuál era la causa de esta emoción que no guardaba relación con un leve pinchazo provocado por una espina.

Dionysia ahogando un sollozo me expresó su amor hacia mí y me confesó que sentía una gran angustia ante la posibilidad de tener que separarnos.

Nos despedimos con un amoroso buenas noches y ella se dirigió a su dormitorio.

Esa fue la última vez que vi a Dionysia.

Esa noche, como a las tres de la madrugada, desperté

sobresaltado. Se oía un diálogo de una voz femenina y otra masculina. Ella parecía estar muy afligida porque suspiraba y sollozaba a ratos.

Por no entender las palabras, me levanté del lecho, abrí la puerta de mi dormitorio y caminé en puntillas por el pasillo.

Escuché el llanto de una mujer. Me imaginé que era Dionysia y el corazón se me encogió de tristeza. Quise ir donde ella pero el diálogo había terminado. El silencio era absoluto. Pensando en que mi actitud podría ser mal interpretada decidí regresar a mi dormitorio y minutos después me había quedado nuevamente dormido.

Bajé temprano en la mañana a desayunarme en el comedor. En el extremo de la mesa, junto a la taza del desayuno, había una carta dirigida a mi persona. Era Tancredo; que daba la noticia que tendría que ausentarse por largo tiempo en un viaje inesperado y me rogaba que lo excusara por no haber podido despedirse de mí.

Desayuné solo y esperé largo rato a Dionysia pero ella no bajó de sus aposentos.

Molesto por mi soledad decidí dar un paseo. La mañana estaba despejada y plena de luz con un suave sol otoñal.

Atravesé el parque y continué por un sendero que iba hacia otro valle que no había visitado aún. El sendero atravesaba un bosquecillo de viejos manzanos.

Mientras caminaba por entre los árboles me pareció ver o imaginé muchas cabezas de niños entre las ramas que me miraban y sonreían. Sus caras eran muy lindas y les pregunté qué es lo que hacían allí en las ramas de los manzanos.

-Nosotros -dijeron- somos los espíritus de los viejos árboles. No te extrañes de que veas tantas caras porque los árboles son

diferentes a los seres humanos.

¿Cuántos brazos tienes tú? ¿Y cuántos los árboles? Los brazos de los manzanos son sus almas. Son numerosas y es por eso que ves tantas caras. Son tantas como las manzanas que daremos el próximo verano.

Mi ánimo se sintió reconfortado. Mientras me alejaba del bosquecillo de manzanos oía las voces de muchos niños. Eran los espíritus de los árboles que jugaban y reían.

Me interné en la selva virgen en medio de un silencio y oscuridad majestuosa. Tanto silencio y soledad me sobrecogieron y me puse a rezar deseando fervientemente escudriñar las profundidades de Dios.

Sintiéndome algo cansado decidí regresar a la casona por otro camino.

El bosque estaba cada vez más frondoso y entonces divisé al final del sendero a una hermosa niña que estaba llorando. Llegué adonde estaba ella y le pregunté cuál era la causa de su pena.

Me contó entre sollozos que su mamá la había castigado dejándola sin postre y ella había venido hacia el bosque de manzanos para coger una fruta pero no había ninguna.

-No es la época- le dije. ¿Por qué te castigó tu mamá?

-Porque dibujé un molino en la pared del pasillo de la casa donde vivimos. Era muy bonito y mi mamá se enojó y lo borró.

-No te aflijas- la consolé-. Vuelve donde tu mamá y dile que te compre un bloc de dibujos y lápices de colores para que pintes nuevamente tu molino.

La niña me miró con sus grandes ojos tristes, sorbió las lágrimas que estaban en su nariz y se pasó el dorso de la mano por ella. Yo saqué mi pañuelo y la hice sonarse en él. Luego dándole un

beso en la frente la dejé ir.

La pequeña niña rubia se fue corriendo por el caminito. Antes de perderse de vista se detuvo y me hizo una señal de despedida con la mano.

-¿Cómo te llamas? le grité.

-¡Juanita!

-¿Has visto a Dionysia por estos lados?

-¡Dionysia no vendrá más! - me contestó. ¡Y yo, cuando sea grande seré tan linda como ella!

Me pareció observar que la niña a medida que se alejaba iba creciendo en porte y en edad y ya a lo lejos se divisaba como una adolescente.

Iría por el camino del tiempo -pensé- en busca de su molino.

Me imaginé que el molino con sus aspas girando al viento, al igual que las manillas de un reloj, marcarían el tiempo en este extraño sendero. Tenía la sensación que a medida que avanzaba por él en busca de Dionysia me fatigaba cada vez más.

Después de unos minutos decidí regresar hacia el valle y me sentí aliviado cuando estuve en él.

Llegó la hora de almuerzo y nadie apareció. Tampoco el mayordomo que nos servía. La casona estaba solitaria.

Extrañado ante tanta soledad llamé en voz alta a mis amigos.

-¡Tancredo! ¡Dionysia!

Nadie contestó.

-¿Hay alguien en casa?

Nada...

Exploré la cocina y otras salas en el primer piso. Después, con indiscreción entré a las habitaciones de Tancredo y Dionysia. Las camas estaban intactas como si nadie hubiera dormido allí.

Lo único que encontré, en el dormitorio de Dionysia, fue un pequeño libro de poemas dejado sobre el mueble de tocador, delante del espejo. El librito estaba abierto en un poema de un autor anónimo y decía así:

La Despedida.

*Me alejé llorando
por las oscuras calles
en la noche del futuro.
No te aflijas corazón.
El sufrimiento enaltece el alma,
y purifica las lágrimas de esos
ojos que tanto te amaron.
¡Tú sabes cuánto te amaron!*

Me quedé meditando un buen rato sobre todo esto. El librito

abierto justo en ese poema.

¿Sería un mensaje de Dionysia?

Exploré el resto de las habitaciones pero estaban vacías.

De súbito, en el cuarto piso oí el golpe de una ventana, intermitente y repetitivo.

Me dirigí escaleras arriba y al llegar a un pasillo abrí la puerta de una buhardilla. El ruido lo daba una pequeña ventana que era sacudida por la fuerte brisa. La buhardilla era bastante amplia y poco iluminada. En la penumbra vi unos cuerpos humanos. Parecían estar reunidos en silencio. Algunos tendidos en el suelo, otros sentados con su dorso afirmado en las paredes.

Se trataba de grandes marionetas de tamaño natural; yacían tendidas, inertes en actitudes desordenadas. Más bien parecían cáscaras vacías de crisálidas gigantes de cuyo interior ya hubiese salido el insecto adulto y alado. Por la tenue luz que venía de la polvorienta ventana pude reconocer a los músicos de la orquesta de cámara, a los misteriosos personajes de negro ropaje que nos habían guiado en el lago cuando Dionysia y yo estábamos perdidos en la niebla, al mayordomo que nos servía en el comedor, a las colombinas y pierrots y otros invitados del baile de máscaras. También estaba tendida una bailarina con su tutú. Su ojo derecho había sido reemplazado por un rojo papel plateado en cuyo centro estaba pintado el iris y un pequeño orificio hacía de pupila.

Cerré la puerta consternado y bajé la escalera silencioso.

Esa noche dormí a sobresaltos.

No tenía hambre a pesar de que en el día me había alimentado muy poco; solamente con pan y vino que había encontrado en la mesa del comedor.

A la mañana siguiente me despertaron unas voces que venían

del primer piso. Era don Antonio Barraza, el botero, que me venía a buscar por orden del señor Tancredo.

Era imposible no deducir que la invitación había terminado. Arreglé mis maletas y me embarqué en el pequeño bote y lentamente la vieja casona de los Hauteville se fue alejando hasta perderse de vista.

Pasaron las semanas y los meses y no tuve noticias de Tancredo y Dionysia.

Mis cartas fueron devueltas en el correo por no encontrarse al destinatario.

Agobiado por la pena y la más terrible de las incertidumbres decidí volver.

Aprovechando un feriado religioso viajé en tren y llegué a la pequeña estación. Con ansias me dirigí al embarcadero de don Antonio pero no lo pude encontrar. Resolví entonces arrendar un bote en una caleta de pescadores que estaba en la desembocadura del río que venía desde el lago y horas después navegábamos en dirección a la vieja mansión de los Hauteville.

Llegamos a mediodía.

La mansión estaba en ruinas. Le solicité al pescador que me esperara porque iba a excursionar la zona.

Las desmoronadas paredes no poseían ventanas ni puertas.

El edificio parecía más bien un viejo galpón que se había utilizado para el resguardo del ganado en los días lluviosos.

El parque ya no existía y menos el hermoso jardín alrededor de la casona y las glorietas.

Caminé hacia el bosque por un sendero. Éste era el mismo que había seguido Tancredo esa noche, a mi llegada, cuando lo divisé desde los ventanales de mi dormitorio.

Llegué a un claro entre los árboles donde había una ermita de piedra. Abrí la herrumbrosa puerta de hierro y entré. En la pared del fondo había un epitafio que leí con gran perplejidad:

*“Aquí falleció trágicamente el Conde Tancredo de Hauteville,
el 16 de Octubre de 1952.*

Se ha erguido esta ermita para recuerdo y descanso de su alma”.

Resquiescat in Pacem.

La Familia.

Me quedé mudo de asombro.

Mi amigo Tancredo había fallecido cuando yo cursaba el quinto año de Medicina. Muchos años antes de mi estadía en esta región.

¿Quién era ese personaje con el cual yo había disfrutado esos días de vacaciones? ¿Un espíritu? Y Dionysia; mi amada Dionysia ¿la volvería a ver?

Atardecía.

Regresé triste al bote donde me esperaba impaciente el pescador.

Pasé por donde había estado el jardín y entre las malezas y zarzas encontré el rosal de flores rojas escondido en las altas hierbas.

Para sorpresa mía había una rosa. La arranqué y la contemplé añorando tiempos pasados.

En uno de sus pétalos había una gota de rocío, cristalina, pura, como las lágrimas de Dionysia.

Besé la flor con gran emoción.

Dionysia. Amor mío ¿por qué te fuiste?

Jamás te olvidaré. ¡Te amaré siempre!

Atravesaré la barrera del tiempo y te encontraré aquí en la tierra o en el cielo.... En la eternidad.

Después, guardando la flor en mi pecho me alejé del lugar.

El Sol se escondía en el horizonte y el firmamento se tiñó de maravillosos colores rojos, naranjas y dorados.

Después vino la noche que lo cubrió todo con su velo misterioso, como un abismo de dimensiones insondables.

Fin



DIONYSIA

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.